CIRO MENDIA

EN TORNO A LA POESÍA POPULAR

VALENCIA

EN TORNO
A LA POESIA POPULAR

CIRO MENDIA

EN TORNO A LA POESIA POPULAR

EDITOR:
ANTONIO J. CANO
MEDELLIN - COLOMBIA
1927

ES PROPIEDAD

EN PREPARACION:

DE JIPA Y RUANA

POR

ALFONSO CASTRO.

ESTE ERA UN REY...

POR

F. VILLA LOPEZ.

MADRIGALES DE AMOR

POR

ANTONIO J. CANO.

En este libro casi nada es propio:
con ajenos pensares pienso y vibro,
y así, por no ser mío, y por acopio,
de tántas excelencias que en él copio,
este libro es quizás mi mejor libro.

AMADO NERVO

(Epígrafe de su estudio sobre Sor Juana Inés de la Cruz.)

A MANERA DE PROLOGO

Dejemos, por un momento siquiera, la lectura de los grandes poetas; descansemos de ese pesado ritmo de los versos modernos; salgamos del estrecho y sombrío local de las escuelas novísimas y vamos, como quien sale al campo en busca de aire y salud, a la fresca llanura, olorosa y sana, de la poesía popular, a darle libertad al espíritu y a buscar en ella la florecilla de la sencillez. Dejemos los estruendos geniales de Wagner, escondamos las chirriantes pianolas, desenfundemos el campesino e ingenuo *tiple* o la maternal guitarra, y pongamos el alma en el aire feliz de una guabina o en el amor de una copla dulcísima. No veamos en cada cantar sino el corazón de nuestro pueblo, su

talento indiscutible, su idiosincracia, y tengamos en cuenta que al par que vamos a sentir su belleza interior, lo vamos a hacer conocer al través de sus cantares, quizá el mejor medio para adivinar sus características.

En el sexto siglo de nuestra éra, según nos cuenta el sabio De Schack, en su obra sobre la Poesía y Arte de los árabes, en España y Sicilia, en la feria de Ocaz y en otros puntos, «hubo *mufacaras,* o certámenes de gloria, en los cuales cada tribu hacía valer su derecho a la preeminencia sobre las otras por medio de un poeta.»

Eso es: hagamos triunfar este pedazo de tierra nuéstro por medio de ese gran poeta que es el pueblo, por cuyas venas corre la sangre de la verdadera poesía de la raza, con todas sus ferocidades, con todas sus cualidades y defectos, y sobre todo, con todo su amor salvaje y noble. Porque, como dijo Rodríguez Marín, «así como el pensar de un pueblo está condensado y cristalizado en sus refranes, todo su sentir se halla contenido en sus coplas.»

Probablemente muchos de los cantares de este estudio que hemos creído nacidos del corazón del pueblo, sean apenas parodias más o menos felices de tal o cual can-

tar español, o de versos sueltos de algunos poetas populares; pero es de advertir que cuando una copla se localiza en un pueblo, tiene éste tanto derecho a ella como el que fue su creador, pues

Cantar que va por la vida
parece una mariposa,
que en lugar de flor en flor,
revuela de boca en boca . . .

—

Cantar que del alma sale
es pájaro que no muere;
cantando de rama en rama
Dios manda que viva siempre.

La copla que creó el estro popular es inconfundible; por eso cuando algunos poetas cultos han querido llevar al pueblo alguna de su cosecha, al momento nota, quien las cante o lea, el artificio, la retórica, el pulimento, y especialmente la carencia de sencillez y espontaneidad:

Un cantar bajó al pueblo;
no era mal mozo;
pero el pueblo le dijo:
no te conozco . . .

Ese cantar a que se refiere esta copla

tal vez fue el desvelo literario de un académico que, preso en su monótona «inmortalidad», quiso interpretar el alma de su pueblo, sin saber que le era necesario, más que su erudición, llevar dentro de su pecho el ruiseñor de la poesía, y por que

«Lo que Natura no da
Salamanca no lo presta.»

La interpretación del genio popular es algo muy difícil. Y es que para hacer una buena copla, se necesitan ciertas disposiciones especiales, o mejor dicho: se necesita ser un gran poeta, capaz de esconder de un jalón toda la psicología y la gracia, la malicia y el amor de toda una raza.

La poesía de los poetas es cosa bien distinta de la popular: aquella es casi siempre el producto de la imaginación y está adecentada con todas las sedas del idioma, mientras que ésta, la poesía de todos, por el contrario, sale sencillamente como el musical arroyuelo de los montes, como estalla, espontánea y breve, la chispa ágil del pedernal al golpe de eslabón.

La poesía popular es en la literatura lo que el ruiseñor entre los pájaros. ¿No fue Bécquer quien dijo que esta poesía es la sín-

tesis de la poesía?

Ahora: es verdaderamente sorprendente la influencia de la lírica del pueblo en las literaturas del mundo entero. Hace poco leímos un artículo de Julio Cejador en el que demuestra claramente que el madrigal de Gutierre de Cetina,—el más bello del habla española—está inspirado en un villancico popular, hallado por Cejador en el ROMANCERO GENERAL de 1604 y en el códice de POESIAS DIVERSAS, 3700, de la Biblioteca Nacional. Y hasta en Francia, el mismo Faguet, en uno de sus más gloriosos libros, «Amores de Autores Célebres», tiene un pensamiento calcado en esta copla española muy conocida por cierto:

La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

También, en España, la lírica popular es casi la base de la obra teatral de los hermanos Alvarez Quintero. De allí, los más geniales comediógrafos que hoy tiene la Patria de Calderón y de Lope, han sacado los motivos más sobresalientes de muchos de sus sainetes y comedias. ¿Y Fernán Caballero? Este tuvo el talento de sembrar de cantos

del pueblo sus vernáculas novelas, con lo cual, a la vez que hermoseó sus obras, prestó un gran servicio a la musa popular.

¿Fediú y Colina no echó mano de la copla más española de España para su famosa comedia dramática, «LA DOLORES»; de aquella copla que tiene el encanto de la ingenuidad y que es una novela en cuatro versos? ¿Quién que haya abierto ya los ojos a la vida no la conoce? ¿Quién que guste de recoger esta clase de poesía no la toma primero que todas?

Si vas a Calatayud
pregunta por la Dolores,
que es una chica muy guapa
y amiga de hacer favores.

C. M.

PRIMERA PARTE

***

Lo más natural al empezar este rosario de coplas es echar mano de las españolas, citando y comentando muy a la ligera, algunas de las que más nos han gustado y que hemos leído en varias de las recopilaciones que de ellas han hecho Rodríguez Marín, Ventura García Calderón, Cejador, &. La copla baturra creemos que es la que más se parece a la antioqueña, por lo típica, por lo rotunda, por lo montañera. Así cantaba un baturro bajo las rejas de su novia:

Eres hermana del sol
y cuñada de la luna,
morenas he visto yo
pero como tú, ninguna.

—

En los montes del Hebrón
me acordé de ti, salero,
porque me faltó la sal

cuando estaba de ranchero.

—

Tu madre esconde la llave
de la puerta principal,
y yo le escondo la tranca
a la puerta del corral.

—

Esta noche vengo tarde
porque el burro se perdió:
si sientes pasos de burro
asómate, que soy yo.

La murciana es triste y se distingue por su estilo prolongado y sentimental:

Las fatigas que se cantan
son las fatigas más grandes,
porque se cantan llorando
y las lágrimas no salen.

—

Dos cosas hay que los sabios
no averiguaron jamás:
cómo se evita el querer,
cómo se puede olvidar.

—

Una casita de campo,
una mujer que me quiera,
un barril de vino añejo
y después . . . que lluevan penas.

—

Unos se mueren de penas,
otros mueren de dolor,
muchos de dolencias graves,
y yo me muero de amor.

El gran poeta español, Vicente Medina, ha in-

terpretado sabiamente el alma del pueblo. Tiene coplas como estas:

Cariñico que empezó
en un Domingo de Ramos:
¡quién hubiera de creer
que acabara el Viernes Santo!

—

Si es que Dios no lo ha dispuesto,
lo ha dispuesto mi querer:
has de ser pa mi solico
o pa naide tiés qué ser.

Viene ahora la malagueña, inspiradísima, breve; parece más bien un llanto rimado que un cantar:

Hasta los leños del monte
tienen su destinación:
de los unos hacen santos
y de los otros carbón.

—

Porque a mi madre ofendieron
la afrenta lavé con sangre:
y el Juez me mandó a presidio,
y el Juez también tiene madre.

—

Cien años después de muerto
y de gusanos roio,
habrás de hallar en mis huesos
señal de haberte querío.

—

Cada vez que tengo penas
se las cuento a mi guitarra,
que son las penas más chicas

cuando las penas se cantan.

—

Adiós Málaga la bella
tierra donde yo naci . . .
Para todos fuiste madre,
y madrastra para mí.

La musa malagueña, también como la baturra, hay días que amanece salerosa:

Más vale querer a un perro
que querer a una mujer:
el perro es agradecío
y la mujer no lo es.

—

El canario y la mujer
no se deben dejar solos:
el canario por el gato
y la mujer por el novio.

España tiene un ídolo entre sus poetas populares, que es el malagueño don Narciso Díaz de Escovar. Es ya un viejo, pero todos los días canta con más amor y juventud. MI GUITARRA, llama sus cantares, y son éstos tan sencillos, tan tiernos, que parecen arrancados del alma popular. Reproducimos algunos de ellos:

Ha puesto la gente empeño
en que no puedas quererme,
y tú te vas empeñando
en darle gusto a la gente.

—

Dios te ha querido formar
para que logre saber,

a dónde puede llegar
la infamia de una mujer.

—

Ven acá, falsa y refalsa,
falsa te vuelvo a decir,
¿el día que me vendiste
cuánto te dieron por mí?

La granadina es como una variación de la malagueña; la seguidilla o seguirilla es un cantar netamente gitano con algo de árabe. Es una lamentación sin término, inmortalmente amorosa:

El amor que te tengo
parece sombra,
cuanto más apartado
más cuerpo toma.
La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

—

Es el amor un niño
que cuando nace
con poquito que coma
se satisface;
pero en creciendo
cuanto más le van dando
más va comiendo.

Queremos copiar en este libro las más bellas coplas españolas, tomadas de distintas selecciones:

Tengo un dolor no sé dónde,
nacido de no sé qué,
sanaré yo no sé cuándo

si me cura no sé quién.

—

Hágame usté unos zapatos
con el tacón que levante,
que soy chiquita y no alcanzo
a los brazos de mi amante.

—

A Cupido lo pintan
chirriquitico,
porque se estila ahora
querer poquito.

—

Dame un besito.—No quiero.
Dame un abrazo.—Tampoco.
¡Dame una puñalaita,
dámela poquito a poco!

—

A toda mujer que quiera
mandar más que su marido,
¡Santo Cristo del Garrote!
¡Leña del Verbo Divino!

—

Que tenga la boca grande,
que tenga la boca chica,
¿si no has de ser mi marido
a qué me tomas medidas?

—

Niña de los veinte novios
que con ninguno te casas,
si te guardas para un rey,
cuatro tiene la baraja.

—

Anda loca y ten talento
que estás oliendo a pañales

y ya quieres casamiento.

—

En un cuartito los dos
veneno que tú me dieras,
veneno bebiera yo.

—

No pienses que no te quiero
porque te miro a la cara,
que muchos van a la feria
por ver, y no compran nada.

—

Tonta tú, tonta tu mare,
tonta tu agüela y tu tía,
¿cómo quieres que te quiera
si eres de la tontería?

—

Una pena quita pena,
un dolor quita dolor,
un clavo saca otro clavo,
pero amor no quita amor.

—

En er pilar de la «baba»,
lavaba la prenda mía,
como lavaba *la baba,*
la baba se me salía.

—

Mi marido es mi marido
que no es marido de nadie;
la que quisiere marido
vaya a la iglesia y lo gane.

—

Que no me quiere tu mare
diz que porque soy muy pobre;
anda díle a la viejita

que ayer se cayó una torre.

—

El zapato tengo roto
¿con qué lo remendaré?
Con picos de malas lenguas
que jablan lo que no es.

—

Me lo decia mi mare:
cabrita que tira al monte
no hay cabrero que la guarde.

—

Váyase usté de mi casa
que han dao las oraciones,
y usté es un hombre casao,
cargao de obligaciones.

—

Malhaya quien hizo el barco
y el que lo lanzó a la mar,
y el que cortó la madera
y el que la mandó cortar.

—

A los árboles altos
los mueve el viento,
y a los enamorados
el pensamiento.

—

Que te quiero bien lo sabes,
pero no lo comunico
ni contigo ni con nadie.

—

Del rosal sale la rosa,
de la maceta el clavel,
un padre cria una hija
y no sabe para quién.

—

Por la calle abajito
va quien yo quiero;
no le veo la cara
por el sombrero.

—

Mira tú si es cosa grande:
la conocí el otro día,
la quiero más que a mi madre.

—

Me quisiste, me olvidaste
por la ambición del dinero.
Con las lágrimas regabas
los trajes de terciopelo.

—

A tu madre se lo dije,
a tu padre no me atrevo;
en sabiéndolo tu madre
tu padre lo sabrá luego.

—

Cuando paso por tu vera
y me roza tu vestío,
hasta los güesos me tiemblan.

—

Tu querer y mi querer
son como el agua del río
que atrás no pueden volver.

—

Descolorida la quiero,
no la quiero con color,
porque las descoloridas
tienen más firme el amor.

—

Campanilla dibujada
por la mano de un platero:
ni eres alta ni eres baja,

eres como yo te quiero.

—

Tus ojos son dos tinteros,
tu nariz pluma delgada,
tus dientes letra menuda,
tu pecho carta cerrada.

—

Morenillo, morenillo,
por la salú de tu mare,
lo que pasó entre nosotros,
no se lo cuentes a nadie.

—

A las rejas de la cárcel
no me vengas a llorar;
si no me quitas las penas
no me las vengas a dar.

—

Si yo supiera las piedras
que mi amor pisa en la calle,
las volviera del revés,
que no las pisara nadie.

—

Me siento sobre la cama
y te comienzo a llamar,
y a las paeres me agarro,
si será, si no será . . .

—

En la cárcel de amores
estoy metida,
por adorar a un hombre
más que a mi vida.

Y lo he de querer,
aunque toda mi vida

prisionera esté.

—

Tengo yo un amiguito
tan de mi gusto,
que de mi pecho al suyo
no hay nada oculto;
entra en mi casa
y se sienta y le cuento
lo que me pasa.

No acabaríamos de ensartar coplas si siguiéramos escogiendo las más bellas, porque la copla española representa en la poesía popular el mismo papel del Quijote en la literatura del mundo.

***

La musa criolla de México es harto rica en cantares. A ese bravo pueblo, el más español después de España, con sus típicos «charros», hermanos mayores del gaucho argentino, a pesar de vivir en sangrientas guerras, le quedan de pronto sus ratos de ocio y canta como el mejor. Su poesía popular se expresa por medio de «corridos» o canciones de gesta; coplas; «mañanitas» o salutaciones a la Virgen, al estilo de la «saeta» sevillana; «despedimentos» o adioses de los peregrinos al retirarse del sagrario.

Conocemos un fragmento de un «corrido» que reza así:

Año de mil novecientos,
en el trece que pasó,
murió Benito Canales,
el Gobierno lo mató.

. . . . . .

Salió Benito Canales

en un caballo retinto,
con sus armas en las manos
peleando con treinta y cinco.
Principió a tirar balazos
a todos los federales,
matando a hombres y caballos
y haciendo barbaridades.
Decía Benito Canales:
«Entren, pelones malvados
que yo no les tengo miedo
aunque vengan bien armados.»

También en México, como en Colombia, las fábricas de generales son muy buenas:

El soldado Matasiete,
a las diez se levantó,
a las once era teniente
a las doce capitán
y a las dos y diez minutos
general de división.

Existen allí versos tan populares como éstos que dan la idea exacta de una reyerta entre suegra y yerno:

—Oyeme, yerno maldito,
tú pareces un muchacho,
no sabes de obligaciones
pero sí andas borracho;
ya de mi hija no haces caso,
hoy la tienes encuerada,
mal comida y bien golpiada.
. . . . . .
—Cállese, vieja choriza,

¿por qué me está regañando?
Si su hija es muy berijona
no me hace ni una camisa,
ni remienda sus enaguas,
demonio de cacariza.
Y si quiere que le quiera
a su rata tan eriza . . .
. . . Ya me canso de aguantarla,
lárguese de aquí prontito
porque la agarro a patadas;
tal vez estará creyendo
que conmigo va a jugar;
a jugar con sus muñecas
no con un hombre cabal.

Por este estilo son las coplas populares de México:

De la pila sale el agua,
y de la tierra el nopal,
de las masetas las flores
y de tus ojos mi mal.

—

Toda la noche he soñado
con el sabio Salomón,
que reunió sus mil mujeres
sin darles un bofetón.

—

Las muchachas de mi tierra
no saben ni dar un beso:
a fe que las abajenas
hasta estiran el pescuezo.

—

Las muchachas de mi tierra,
son como el indio al comprar:
andan, escogen, escogen,
y en lo pior vienen a dar.

La música popular mexicana, con sus «jarabes tapatíos», sus danzones y sus bailes simbólicos de «Yakis», juega con sus cantos un gran papel en la vida de esos guapos mozos, bravos como centauros.

*

Desgraciadamente no hemos podido encontrar un cancionero bueno de Chile. Apenas pudimos leer uno en donde sólo había canciones de serenata y Cuecas, por cierto que entre aquellas, vimos varias de Julio Flórez, nuestro coronado poeta.

La Cueca o Zamacueca es ya célebre dondequiera que se hable lengua española; es en Chile, lo que el «triste» en la Argentina, y la Guabina en Colombia. Es una composición poética, bailable, que consta de dos pies separados por una pausa o varias, cuando los asistentes provocan lo que se llama entre ellos «hacer un aro», que consiste en ahogar el sonido o tapar las cuerdas con las manos para ofrecer a la pareja que baila y canta, el tradicional trago de chicha u otra bebida presentada casi siempre en un vaso grande. La mujer, por derecho, bebe primero, y luego le pasa a su compañero el vaso, para después beberse las sobras el que ofreció el mate.

La Cueca está sujeta a reglas, lo mismo que el soneto. Ha de tener catorce versos con tres rimas asonantadas o consonantadas, y tres estrofas de a cuatro versos, con el indispensable remate en un dístico o pareado. Aquí teneis una:

Una noche soñé un sueño,
que tú mucho me querias;
yo de verte tan amante
orgulloso me ponía.

—

Saboreando mi sueño,
cuando despierto
y veo que mi sueño
no sale cierto.

No sale cierto, sí,
qué rico fuese
que todo sueño dulce
cierto saliese . . .

Hacé lo que te digo:
vénte conmigo.

Es esta otra más original y tiene el encanto de un cuento:

Una niña me dio un beso
y que a nadie le contara,
que si le tenía amor
que con ella me casara.

Esta niña bonita
me dio un abrazo,
con tal que la recordara
a cada paso.

A cada paso, sí,
con mucho empeño,
¿qué haces niña bonita
sin tener dueño?

Así serás querida
toda mi vida.

*

La Habana es muy rica en cantares. El que

llamamos *habanera* es sin duda alguna la tonada popular más melodiosa. Como la Cueca, se baila y se canta, pero muy despacio. Las habaneras son innumerables. Su origen se le atribuye al hijo de un cestero, natural de la Perla de las Antillas, quien, amante de la música, un día hizo la primera habanera a su amada, por allá en el año cincuenta, la que fue el delirio de todas las clases sociales de su tierra en aquella época.

Os daremos esta que al acaso encontramos:

A una rubia bella sin par,
hacia su casa la vi pasar,
y era tan bella que la seguí
y estas palabras le dirigí:
Casa magnífica
yo te pondré,
delante un clérigo
tuyo seré,
y es la católica mi religión:
irás al tálamo con bendición.
No me desprecies por compasión,
niña hechicera, dame tu amor,
que yo contigo feliz seré,
juntos estaremos por siempre, amén.

***

Venezuela, la patria inmortal del inmortal Bolívar, es dueña y señora de un magnífico caudal de poesía popular. El cantador venezolano, con sus primitivas maracas formadas por una calabaza a la que se le deja sólo un pequeño orificio, después de sacarle la pulpa y de echarle algunas semillas negras y duras, y en defecto de éstas, municiones, hace de este instrumento su lira dilecta. También la guitarra pequeña, o «cuatrero», llamada así porque tiene cuatro cuerdas de tripas de recental, es el otro instrumento más apreciado entre los cantadores venezolanos. Consultando la musa popular de Venezuela, hemos hallado en una conferencia que sobre este mismo tema dictó el Sr. Enrique Planchart, parte del romance del llanero, que trae en su valiosa obra Vergara y Vergara como nuéstra. En este caso el asunto es muy explicable, así como se explica el que de una hacienda colindan-

do con otra se pasen los rebaños . . . . Todo es cuestión de malos cercos . . . . literarios.

El cantar venezolano, en nuestro concepto, es más neto, más propio, y más bien hecho que los del resto de las repúblicas hermanas. Este revela un gran cantador:

Estas maracas que toco
son la causa de mi ruina,
pues me echaron a perder
el amor de mi familia.

También los que siguen son de un sabor y una expresión deliciosos:

No te acuestes en chinchorro
sin mirar los colgaderos,
ni duermas en la posada
en unión de forasteros.

—

Si quieres ser muy feliz
procura que estén contigo,
tu caballo, tu mujer,
y tu cobija y tu amigo.

—

Mientras haya un general
no he de comprar ni una perra,
porque ellos para robar
de nada forman la guerra.

La copla anterior no tendrá mucha poesía, pero sí tiene mucho de cierto, tanto en la Patria de Juan Vicente, como en la nuéstra. Ahora ponedle cuidado a esta:

Negros no hubo en la Pasión,

indios no se conocían,
mulatos no los había:
de blancos fue la función.

Otra sentencia sin apelación es ese cantar. Hábilmente hechas son las siguientes:

En Sarare no hay saraos,
ni mucho sano en Sanare,
ni mucho caro en Carora,
ni mucho bobo en Bobare.

—

Yo fuera muy bien servido
si estuviera en Arichuna,
que allá con el forastero
todas las hembras son una . . .

¿No os recuerda esta copla la célebre de La Dolores? Lo que pasa es que en Calatayud no hay sino «una chica muy guapa y amiga de hacer favores» y en Arichuna, todas las Dolores son una . . Debe el Ayuntamiento de Arichuna reformar su copla, por medio de un concurso, como lo hizo hace poco la patria chica de La Dolores . . . . Pero que no le vayan a salir con la de cierto guasón que quiso, por cariño a Calatayud, reformar la copla de la manera siguiente:

Si vas a Calatayud
pregúnta por la María,
que hace los mismos favores
que la Dolores hacía . . .

Sigamos con nuestro cantador venezolano:

Cuando un blanco está comiendo

de un negro en la compañía,
o el blanco le debe al negro
o es del negro la comida.

—

La ardita le dijo al mono
en los montes de Turén:
—Cuando te brinqués a un palo
me avisás, que yo también . . .

—

Triste canta la paloma,
más triste canta el paují,
triste está mi corazón
de tánto pensar en tí.

—

San Felipe es tierra buena,
pero no para vivir.
Puerto Cabello y Valencia
para entrar y salir.

Existió en Venezuela, nos dice el mencionado Sr. Planchart, un cantador que se llamaba José María. Así lo describe: «Era un mestizo, alto, cenceño, parco en el comer, breve en el hablar».

Oídle esta copla llena de ternura y quizás la más interesante que encontrámos en la conferencia citada. Es todo un poema de dolor, de amor y ausencia:

Yo vide en er campo un día
un pajarito der monte
que estaba muy tristecio
parao sobre un mogote.
Y le pregunté:-Qué tienes
pajarito de monte?
Y me respondió: S'toy triste,
ya no haigo quién me console . . .

¿Verdad que es lo más sentido que se pueda pedir a la musa popular? Parece el lamentar de un pastor enamorado en una égloga de Garcilaso. Talvez sea este pajarillo triste, la misma tortolilla sin consuelo del tierno poema de Epifanio Mejía, que, cansada de esperar al compañero muerto, dejó el laurel familiar y se fue en busca de alegría y amor a selvas extranjeras.

No resistimos la tentación de citar en este estudio, otra magnífica copla que figura en la musa popular venezolana, pero que, dadas las cualidades de que goza y la maestría con que está hecha, dudamos pueda ser hija del pueblo. Aquí la teneis, simbolizando el Misterio de la Eucaristía:

En la mesa puse un vaso,
en el vaso una redoma,
en la redoma una rosa
y en la rosa una paloma.

*
* *

En la historia de nuestra literatura de Vergara y Vergara hemos hallado un romance del llanero de San Martín y Casanare. Es el llanero un tipo único entre los granadinos, y sólo se le asemejan el apureño de Venezuela y el gaucho argentino. Tal romance, que se canta en una especie de recitado, con influencias de canto en el cuarto verso, tiene un gran parecido con el poema MARTIN FIERRO, de José Hernández, nacido en Buenos Aires, en el año de 1834, y quizá el más completo, el más inspirado, el más bello poema americano regional, por encima de TABARE, de Zorrilla de San Martín, pues en concepto de grandes literatos, MARTIN FIERRO es a la literatura argentina, lo que el «Poema del Cid» a la española y La Chanson de Roland» a la francesa. Y nosotros agregamos: el poema de Hernández representa en la República de Mitre, lo que en Colombia la «Memoria del cultivo del maíz en Antioquia», de Gutiérrez González.

Antes de transcribir el romance del llanero, y para dar una idea siquiera del parecido entre este romance y el poema pampeano de Martín Fierro, queremos copiar algunas de sus estrofas, para que veais si puede existir en la literatura vernácula algo más original y bello. El mismo héroe del canto nos cuenta su juventud y su vida en las inmensas pampas:

Entonces, cuando el lucero
brillaba en el cielo santo,
y los gauchos con su canto
decían que el día clariaba,
a la cocina rumbiaba
el gaucho que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
a esperar que venga el día,
el cimarrón se prendía
hasta ponerse rechoncho,
mientras su china dormía
tapadita con el poncho.

Y apenas el horizonte
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar
y las gallinas a apiarse,
era cosa de largarse
cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas,
se sale el otro cantando,
uno busca un pellón blando,
este un lazo, otro un rebenque,
y los pingos relinchando
los llaman desde el palenque.

Luego habla de su valor y de su ingenio:

Mas ande otro criollo pasa
Martin Fierro ha de pasar.
Nada le hace recular
ni las fantasmas le espantan,
y dende que todos cantan
yo también quiero cantar.

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman,
naides me pone el pie encima,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
y torazo en rodeo ajeno.
Siempre me tuve por güeno
y si me quieren probar,
salgan otros a cantar
y veremos quién es menos.

Después dice:

Desde el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

Así describe la lucha entre él y el hijo de un cacique, cuando lo tumba del caballo con las «tres Marías», arma esta que consiste en tres pelotas de piedra unidas por cordeles cortos:

Y pa mejor de la fiesta
en esa aflicción tan suma,

vino un indio echando espuma
y con la lanza en la mano,
gritando: Acabau, cristiano;
metau el lanza hasta el pluma.

Era el hijo de un cacique,
según yo lo averigué.
La verdá del caso fué
que me tuvo apuradazo.
Hasta que al fin de un bolazo
del caballo lo bajé.

Ai no más me tiré al suelo
y lo pisé en las paletas.
Empezó a hacer morisquetas
y a mezquinar la garganta,
pero le hice la obra santa
de hacerle estirar la jeta.

Dios le perdone al salvaje
las ganas que me tenia;
desaté las tres Marias
y lo engatusé a cabriolas;
pucha, si no traigo bolas,
me achura el indio ese día.

Oid ahora los consejos que le daba a Martín Fierro, siendo menor de edad, un su tutor llamado Vizcacha:

Y menudiando los tragos
aquel viejo, como cerro,
«—No olvides—me decía Fierro,
que el hombre no debe creer
en lágrimas de mujer

ni en la renguera del perro.

Es un bicho la mujer
que yo aquí no la destapo:
siempre quiere al hombre guapo,
más fíjate la elección,
porque tiene el corazón
como barriga de sapo.

A naides tengas envidia:
es muy triste el envidiar.
Cuando veas a otro ganar,
a estorbarlo no te metas:
cada lechón en su teta;
es el modo de mamar.

Si buscás vivir tranquilo
dedicáte a solteriar;
más si te querés casar,
con esta alvertencia sea:
Que es muy difícil guardar
prenda que otros codicean.

Las armas son necesarias,
pero nadies sabe cuándo;
ansina, si andás pasiando,
y de noche sobre todo,
debés llevarlas de modo
que al salir salgan cortando».

Pero nada más poético, nada más interesante, cuando Martín Fierro, yá viejo y achacoso, se desafía a cantar con un moreno, en medio de sus hijos y vecinos. Dice Martín:

Mientras suena el encordao,

mientras encuentro el compás,
yo no he de quedarme atrás
sin defender la parada;
y he jurao que jamás
me la han de llevar robada.

A un cantor le llaman bueno
cuando es mejor que los piores;
y sin ser de los mejores,
encontrándose dos juntos,
es deber de los cantores
el cantar de contrapunto.

Y El Moreno, contesta humildemente:

Yo no soy, señores míos,
sino un pobre guitarrero;
pero doy gracias al cielo
porque puedo en la ocasión
toparme con un cantor
que experimente a este negro.

Yo también tengo algo blanco,
pues tengo blancos los dientes;
sé vivir entre las gentes
sin que me tengan en menos:
quien anda en pagos ajenos
debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,
los nueve muy regulares.
Talvez por eso me ampare
la Providencia divina:
en los güevos de gallina
el décimo es el más grande.

Estoy, pues, a su mandao,
empiece a echarme la sonda
si gusta que le responda,
aunque con lenguaje tosco.
En leturas no conozco
la jota, por ser redonda. . . .

Entonces Fierro quiere saber qué clase de cantor tiene delante:

Ah, negro, si sos tan sabio
no tengás ningún recelo;
pero has tragao el anzuelo,
y al compás del estrumento,
has de decirme al momento
cuál es el canto del cielo.

Y El Moreno, como todo un poeta, le contesta:

Cuentan que de mi color
Dios hizo al hombre primero;
mas los blancos altaneros,
los mesmos que lo convidan,
hasta de nombrarlo olvidan
y sólo lo llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
y el negro blanco lo pinta.
Blanca la cara o retinta,
no habla en contra ni en favor:
de los hombres el Criador
no hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia,
que al presente viene a pelo,

veré, señores, si puedo,
según mi escaso saber,
con claridá responder
cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
hasta en el mayor silencio;
lloran al cair el rocío,
cantan al silbar los vientos,
lloran cuando cain las aguas,
cantan cuando brama el trueno...

Luego Martín Fierro, hidalgamente, le da una explicación por haberle llamado «negro»:

Dios hizo al blanco y al negro,
sin declararlos mejores . . .
Les mandó iguales dolores
bajo de una mesma cruz;
mas también hizo la luz
pa distinguir los colores.

Ansí, ninguno se agravie;
no se trata de ofender;
a todo se ha de poner
el nombre con que se llama,
y a naides le quita fama
lo que recibió al nacer.

Y ansí me gusta un cantor
que no se turba ni yerra;
y si en tu saber se encierra
el de los sabios profundos,
¿decime, cuál en el mundo
es el canto de la tierra?

Y El Moreno no se achica, que es mucha la madera:

Es pobre mi pensamiento,
es escasa mi razón;
mas pa dar contestación
mi inorancia no me arredra:
también da chispas la piedra
si la golpea el eslabón.

Y le daré una respuesta
sigún mis pocos alcances:
forman un canto en la tierra
el dolor de tanta madre,
el gemir de los que mueren
y el llorar de los que nacen.

Vuelve Martín a probar las capacidades de su contendor:

Y ya que al mundo vinistes
con el síno de cantar,
no te vayas a turbar,
no te agrandes ni te achiques:
es preciso que me expliques
¿cuál es el canto del mar?

Y El Moreno dice la canción del mar con una estrofa tan grande y tan sublime como el mismo mar:

Cuando la tormenta brama,
el mar, que todo lo encierra,
canta de modo que aterra
como si el mundo temblara;
parece que se quejara
de que lo estreche la tierra.

El viejo gaucho busca la manera de hacerlo caer:

Toda tu sabiduría
has de mostrarla esta vez;
ganarás sólo que estés
en vaca con algún santo:
la noche tiene su canto,
y me has de decir cuál es.

Mas su rival es invencible:

No galope, que hay aujeros,
le dijo a un guapo un prudente.
Le contesto humildemente:
la noche por cantos tiene
esos ruidos que uno siente
sin saber de dónde vienen.

Son los secretos misterios
que las tinieblas esconden,
son los ecos que responden
a la voz del que da un grito,
como un lamento infinito
que viene de no sé dónde.

A las sombras sólo el sol
las penetra y las impone.
En distintas direcciones
se oyen rumores inciertos:
son almas de los que han muerto
que nos piden oraciones.

Todavía Martín insiste, al par que lo elogia:

Moreno, por tus respuestas

ya te aplico el cartabón,
pues tenés disposición
y sos istruido de yapa.
Ni las sombras se te escapan
para dar explicación.

Y el consejo del prudente
no hace falta en la partida.
Siempre ha de ser comedida
la palabra de un cantor.
Y aura quiero que me digas
de dónde nace el amor.

Aquí El Moreno, después de encontrar muy oscura la pregunta, traza en tres estrofas un madrigal divino, digno del más sabio poeta del Siglo de Oro:

Ama el pájaro en los aires
que cruza por donde quiera,
y si al fin de su carrera
se asienta en alguna rama,
con su alegre canto llama
a su amante compañera.

La fiera ama en su guarida,
de la que es rey y señor;
allí lanza con furor
esos bramidos que espantan,
porque las fieras no cantan:
las fieras braman de amor.

Ama en el fondo del mar
el pez de lindo color;
ama el hombre con ardor,

ama todo cuánto vive,
de Dios vida se recibe,
y donde hay vida hay amor.

Al fin, Martín Fierro acaba por preguntarle qué entiende por la ley, a lo cual contesta el Moreno:

La ley es tela de araña,
en mi ignorancia lo explico,
no la tema el hombre rico,
nunca la tema el que mande,
pues la ruempe el bicho grande
y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia,
nunca puede ser pareja,
el que la aguanta se queja
pero el asunto es sencillo:
la ley es como el cuchillo:
no ofiende a quien lo maneja.

Hay muchos que son dotores
y de su ciencia no dudo,
más yo soy un negro rudo
y aunque desto poco entiendo,
estoy diariamente viendo
que aplican la del embudo.

Es aquí cuando Martín Fierro le da la alternativa al Moreno, pues lo autoriza para que le pregunte a él, pero antes lo encomia de la siguiente manera:

Y aura te voy a decir
porque en mi deber está,

y hace honor a la verdá
quien a la verdá se duebla,
que sos por juera tinieblas
y por dentro claridá.

Esta contienda poética y otras muchas que se verán más adelante, nos recuerda el desafío a puro verso, entre Menalcas y Popso, dos pastores que saben hacer bellos versos y tañer la flauta, segun la Egloga V de Virgilio.

Quisiéramos transcribir otros pasajes del poema argentino, por ejemplo, el duelo a facón entre Martín Fierro y un indio que acaba de matar al hijo pequeño de una pobre mujer, pero nos haríamos interminables por que aquella parte del poema es un poco extensa. Sin embargo, creemos que lo hasta ahora aquí copiado, basta para darse cuenta del genial trabajo del poeta José Hernández.

Queremos también hacer especial mención de otro gran poema gaucho llamado FAUSTO, original del poeta Estanislao del Campo. Este trabajo es bastante interesante, pero no alcanza jamás la perfección del de Hernández.

La musa popular argentina es muy rica en cantares, aun cuando hoy va de capa caída, pues ya en vez de los «tristes», tan semejantes a nuestros bambucos, están de moda jotas y tangos, escritos especialmente para tonadilleras, y sólo se ve en ellos, la imitación de los cancioneros españoles.

Sin embargo, hemos conseguido algunas coplas sueltas que, aun cuando muchas de ellas parecen ser de casta española, como la mayor parte de las nuéstras, sí dan una ligera idea del alma de a-

quel pueblo emprendedor y pintoresco:

Una caña de pescar
tengo para mi consuelo;
cuando un peje se me va
otro queda en el anzuelo.

De terciopelo negro
tengo cortinas
para enlutar mi cama
si tú me olvidas.

Pájaro que vas volando
y en el pico llevas hilo,
dámelo para coser
su corazón con el mío.

Los ojitos de mi cara
quién me los quiere comprar?
Los vendo por traicioneros,
porque publican mi mal.

Si por pobre me desprecias
digo que tienes razón,
amor pobre y leña verde
arden cuando hay ocasión.

Esta nos recuerda, o mejor dicho, es casi igual a una que tenemos como nuéstra y que empieza: «Si usté va a trovar conmigo».

Canten, canten, compañeros
que coplas no han de faltar,
traigo unas alforjas llenas
y un «saco» por desatar.

*

Más que justo es volver a nuestros pasos y buscar al bravo llanero colombiano que habíamos dejado solo, por seguir las hazañas del gaucho su hermano. Escuchad el romance anunciado:

En el hato de setenta
donde se colea ganao,
me dieron para coliar
un caballito melao.
Me lo dieron por maluco,
me salió requetemplao.
Más acá de si se dónde
juntico de la quebrada,
iba yo ya nochecita
y hallé a la tigre cebada.
No sé qué estaría pensando
el dianche de condenada,
que así que me vido encima
me tiró una manotada.
—Huiste?—dije a la indina,—
no sea busté malcriada,
que pa saludar un hombre
no se le tira a la cara.
¿No ve que el morcillo es potro
y que se asusta por nada?

Por aquellos llano abajo
donde llaman Para Para,
me encontré con un becerro
con los ojos en la cara.
El rabo lo tenía atrás,
tenía pelos en el cuero,
los cachos en la cabeza
y las patas en el suelo.
Abajo tenía los dientes

y arriba no tenía nada,
y entre todos los colmillos,
tenía la lengua enredada.

Me llaman el tantas muelas
aunque no las he mostrao,
y si las llego a mostrar
se ha de ver el sol clipsao,
la luna teñida en sangre,
los elementos trocaos,
las estrellas apagadas
y el mesmo Dios aimirao.

Para saltos el conejo,
para carrera el venao,
yo me parezco a los tigres
y al lión en lo colorao.

Yo soy nacido en Aroa,
y batizao en el Pao,
no hay zambo me la haya hecho
que no me la haya pagao.
Que anoche comí culebra
y esta mañana pescao,
que tengo los dedos romos
de pegale a los malcriaos.

Yo no soy de por aquí,
yo soy de Barquisimeto,
naides se meta conmigo
que yo con naides me meto.

Vedlo cómo se torna enamorado, románticamente enamorao, como cualquier poeta francés del

siglo de Hugo y de Musset:

Por si acaso me mataren
no me entierren en sagrao,
entiérrenme en un llanito
onde no pase ganao:
un brazo déjenme ajuera
y un letrero colorao
pa que digan las mujeres:
«Aquí murió un desdichao.
No murió de tabardillo
ni de dolor de costao,
que murió de mal de amores
que es un mal desesperao . . .»

A poco se vuelve vanidoso:

El que cantare conmigo
ha de ser muy estudiao,
porque lo tengo e dejar
como faltriquera a un lao.

Conmigo y la rana, es gana
que se metan a cantar,
que no me gana a moler
ni la piedra de amolar,
porque tengo más quintillas
que letras tiene un misal.

Ya tiene la agresividad de los matones de su oficio, y es este el momento donde nos recuerda a Fierro:

Si hubiere alguno en la rueda
que con yo esté incomodao,
sálgaseme para ajuera:

lo pondré patirrabiao
con este brazo invencible
que Jesucristo miha dao,
que en estos llanos de Achagua,
yo soy el zambo mentao:
yo fuí el que le di la muerte
al plátano verde asao,
con un cabito de vela
y un padrenuestro gloriao.

Ya se torna malicioso y humorístico:

Si algún blanco te buscare
que le ensilles el caballo,
dejále la cincha floja
pa que se lo lleve el diablo.

—

Como de aquí a Santa Rosa
yo le dije, te he de amar,
y me dio unas esperanzas
como de aquí a Bogotá.

Para granizo, Guanacas,
para viejas, Timaná,
para muchachas bonitas
Cali, Buga y Popayán.

*

Conviene advertir que en el «Santos González» de Mitre, hemos hallado una estrofa casi igual a la qne aquí canta nuestro llanero. Dice así el payador argentino:

No me entierren en sagrado
donde una cruz me recuerde,

entiérrenme en campo verde
donde no pise ganado . . .

También trae Braga en su ROMANCEIRO GERAL, esta variante portuguesa:

Nao me enterrem na agreja,
nem tam pouco en sagrado:
n'aquelle prado me enterrem
onde se faz o mercado.

Y Lehmann Nitsche cita esta otra de las islas Azores:

Quem morre de mal de amores
nao se enterra en sagrado;
enterrase em campo verde
aonde se apastora o gado . .

Por lo transcrito parece, pues, que estos versos pertenecen a varios romances españoles.

***

El doctor Antonio José Restrepo, alto poeta nuéstro, con un poco de Junqueiro y un mucho de Voltaire (a mucha honra—diría el picaresco Ñito) —castizo como el que más, gran orador y gran prosista, dictó en Bogotá, hace unos quince años, en una sesión de gala de la Academia Colombiana de la Poesia, una magistral conferencia sobre poesía popular, de la que entresacamos algunas coplas de inapreciable valor e inconfundible color regional. Se respira en éstas la vena política de nuestras viejas guerras civiles:

Viene López, viene Obando,
viene el General Payán;
vienen tántos generales
que hasta los diablos vendrán.

Ya murió el doctor Berrío,
cabeza de Medellín.
Quedó Recaredo Villa
esperando el porvenir.

Y éstas que son una lista en verso de algunos de nuestros pueblos antioqueños:

Antioquia era capital
y por su desgracia aldea;
no dejará de llorar
cualesquiera que la vea.

Opulenta Manizales,
que cerca del Ruiz nació,
¡cómo ha dejado en pañales
a Antioquia que el sér le dio!

Antioquia me dio su leche,
Sopetrán mi desventura,
San Jerónimo la muerte,
Medellín mi sepultura.

Vivan Guarne y San Vicente,
Copacabana y Barbosa,
Santodomingo y Cancán,
Remedios y Zaragoza.

Esta noche canto aquí,
mañana en Titiribí,
paso mañana en la noche
en los llanos de Itagüí.

También las siguientes, maliciosas y humorísticas, tienen qué ser «del puro maíz»:

Me corrites de tu casa
por no darme mazamorra,
ojalá que venga un perro,
se la beba y quiebre l'olla.

Las muchachas de Concordia
son muchas y muy bonitas,
pero son más pedigüeñas
que las ánimas benditas.

Y Tomás Carrasquilla, el más alto exponente de la literatura colombiana, y uno de los más grandes novelistas de América, trae en su bellísima novela EL ZARCO, un romance con sabor español, al principio, y con un parecido muy grande, al final, con el anterior del llanero. Tal romance es el siguiente:

Fue don Alfonso de Lugo
muy galán y enamorado,
sedutor y saltatapias
por más que juera casao.
Una noche borrascosa
cayó centella en la plaza,
y descubrió a don Alonso
que andaba en pérfida caza.
Dando güeltas y regüeltas
en pos de más aventuras,
estuvo arriba y abajo
por esas calles oscuras.
Al tornar para una casa
le atajan dos embozaos:

Paso—dijo—«al caballero
si es que no estáis apostaos.»
La respuesta que le dieron
fueron veinte puñaladas:
trece don Hernán de Toro,
siete su criado Escaladas.
Uno y otro lo escupieron
y entre los dos lo arrastraron

hasta el joyo de un aljibe
y con piedras lo taparon.
En vez de cruz le pusieron
un varal con un letrero
que a lo lejos pregonaba:

«Nada recés, pasajero,
ante esta tumba oprobiosa,
que aquí yace un condenao.
No murió de tabardillo
ni de dolor de costao,
sino de cruel embestida
que le dio un toro corniao,
que el que burla a toro bravo
en su asta será ensartao.»

En la misma obra encontramos una canción u oración, que, vihuela en mano, canta el héroe de ojos azules de la maravillosa obra del Maestro:

En subiendo la pendiente
me topé con San Vicente
y como es él buen doliente
de todo fiel penitente
me puso cruz en la frente
porque el diablo no me tiente
ni de noche ni de día
ni en mi postrera agonía.
San Martín tan gran señor
partió el manto de color,
le dio al pobre lo mejor
y él se quedó con lo pior
para que todos partamos
lo que entre todos tengamos.
San Cristóbal en la puerta

de su capilla desierta
viéndose tan olvidado
le ruega muy humillado
a la monja del perdón
que le rece la oración
siquiera del peregrino.
Cuando Jesucristo vino
al altar todo llagado
con un puño muy labrado
acudió la Magalena:
«tate, tate, Magalena,
no me vengás a limpiar
manque te mate el pesar
y tan gran favor no mi hagas:
que estas son las cinco llagas
que tengo de padecer
y mi sangre ha de correr
por el grande y por el chico,
por el pobre y por el rico,
por toda la cristinidad
en toda la eternidad.
Amén.
Quien rezare esta oración
en viernes que haiga ayunao
sacará una alma de penas
y la suya del pecao.
Quien la sepa y no la enseñe
quien l'oiga y no la retenga
el díel juicio saberá
lo que esa oración contenga . . .

Es lástima que no hayamos encontrado completa en la precitada novela la canción de otros tiempos conocida con el nombre de «La Micaela» cuyo estribillo tan conocido reza:

Pimienta y clavos,
azúcar y canela,
no se le comprende
el mal a Micaela . . .

Sería una injusticia de marca mayor olvidar en este estudio el nombre de un gran poeta festivo, nacido en Antioquia, muerto hace poco a la edad de ochenta años y que, al estilo de don Narciso Díaz de Escovar, hizo cantares de una sencillez y sentimientos tan acabados que parecen salidos del alma del mismo pueblo. Me refiero a don Juan José Botero, autor de las conocidas poesías humorísticas, »Quiero ser gato», «A un tamal» &., y de varias comedias y novelas de verdadero color regional. «MIS CANTARES» llamó él todas sus coplas, las cuales apenas algunas de ellas han visto la luz pública en una que otra revista del país. Para dar una idea de este poeta, como cantor popular, copiamos aquí algunas que hace ya tiempos nos envió y que conservamos con todo el cariño que se merecen:

Ya te conozco el jueguito
cuando te haces la enojada:
con la boca me despides
y con la otra me llamas.

—

Pensaba una vez pensando
que si piensas lo que pienso,
deben andar mis pesares
donde está tu pensamiento.

—

Porque nada se dijera
echaste a aquel de tu casa,

pero luego le tiraste
la llave por la ventana.

—

Cuando a lavarte la cara
te vas a la quebradita,
los que cogen agua abajo
toman el agua bendita.

—

Dan pellizcos las bonitas,
y buscan besos las feas,
y a las feas se pellizca
y a las bonitas se besa.

—

Me han dicho que tú te alejas;
si te vas me voy detrás,
pues si te vas y me dejas
¿qué haré yo si tú te vas?

—

La puerta de tu cariño
que en otro tiempo me abrieras,
hoy para mí está cerrada
y para todos abierta.

—

La historia de mis amores
es muy corta pero amarga:
te ví, te amé, me olvidaste
y tú me diste la espalda.

En la última novela de don Juan José Botero, publicada pocos días antes de su muerte, hemos encontrado esta glosa que, según parece, es de propiedad de alguno de nuestros campesinos:

«Si te fueras a bañar

avisáme tres dias antes,
para empiedrarte el camino
de *rubiles y deamantes*».

Para el sol en sus ardores
no ofender a tu persona,
haré formar una sombra
de las más hermosas flores.
Como también los cantores
afamados del lugar,
todos vayan a tocar
con clarines y trompetas,
las canciones más completas,
«si te fueras a bañar».

Por el piso regaré
de aquellas flores más bellas,
y de toparcios y perlas
el camino aljombraré.
Mil oficiales pondré
a trabajar el deamante,
y en obra tan importante
se colocará un rubil
y para cumplirse así,
«avisarme tres días antes».

Con un gusto singular
y con profunda alegria
también te tendré ese día
el agua como un cristal
para onde quieras pisar
pisares sobre oro fino,
y no es falso lo que digo,
si gustás lo cumpliré
y hasta yo trabajaré

«para empiedrarte el camino».

Una silla encharolada
vendrá para que te sientes,
también pa que te refresques
a las orillas del agua,
y además de ir fabricada
por hábiles fabricantes,
del oro y plumas brillantes
en la grande China habidos,
que tus pies irán vestidos
«de *rubiles* y *deamantes*».

*
* *

También el Sr. Enrique Otero D'Costa ha publicado últimamente un importante trabajo sobre demosofía colombiana, en el que con muy claros ejemplos demuestra que muchos de nuestros cantares no son sino coplas españolas popularizadas en Colombia, y, muy de acuerdo con nosotros, dice «cuán peligroso es presentar colecciones de cantos populares regionales sin pasarlos previamente por un riguroso tamiz» . . . . Esto, por muy avisado que sea el coleccionista, resulta casi imposible. También nosotros hemos encontrado en las recopilaciones de algunos inteligentes folkloristas españoles,—de muchos que nos han servido y sirven de ejemplo al Sr. Otero D'Costa—cantares franceses, traducidos, tenidos como de España. Hasta uno de aquellos insertó en uno de sus libros nada menos que una humorada de don Ramón de Campoamor y Campoosorio, aquella maravillosa cuarteta que dice:

Está tu imagen que admiro
tan pegada a mi deseo,

que si al espejo me miro
en vez de verme, te veo.

De manera, pues, que esto de buscar cantares absolutamente propios es cosa harto difícil, y por lo tanto, se nos debe perdonar a todos los enamorados de esta lírica empresa el que muchas veces no hayamos podido encontrarle la cuna a tal o cual cantar vagabundo. Como en los apuntes del Sr. Otero D'Costa hemos visto algunos cantos populares que desconocíamos o que no figuran en nuestra colección, ya en prensa, entresacamos los que más nos han gustado, para así hacer más completa nuestra selección. Según el precitado comentador y coleccionista, los siguientes son cantares colombianos:

Te juites y me dejates
como garza en la laguna;
con el pezcuezo tan largo,
sin esperanza ninguna.

—

Ora sí que toy contento
pasando jiestas en Guaca.
Los ojos en divirsión
y el buche pelando latas.

—

En Lebrija nos topámos
y tuvimos en Rionegro;
y ora, decís, gran pelona,
que si te vi, no me acuerdo.

—

D'esta ventaja disfruta
el que tiene mujer fea;
que si la saca a la calle

naide se la codicea.

—

Bendito sea mi Dios
q'uianque pobre, vivo alegre,
q'uiami tuel mundo me cobra,
y a mí ninguno me debe.

—

Por aquella loma abajo
me topé con tia María,
las naguas hechas pedazos
de risa que se moría.

—

D'iónde venís gallinazo
con tus patas amarillas?
Vengo de por allá arriba
de amasar unas tortillas.

—

D'iónde venís gavilán
con tu pico colorao?
Vengo de comerme a besos
al pollito saraviao.

—

Esto fue lo que me dijo
el arriero caminante:
a la mujer resabiada
dale con el cañaguate.

—

Los sapos en la laguna
cuando viene el aguacero,
los unos piden cachucha,
los otros piden sombrero.

—

Los sapos en la laguna
cuando ven la tempestá,
unos dicen tungalita

y otros dicen tungalá.

—

Las mujeres son el diablo,
parientas de Satanás;
cuando dicen andá vete,
tán pensando: no te vas.

—

Las muchachas cucuteñas
me llaman el adivino,
porque cuando van por agua
m'incuentran en el camino.

—

Adiós pueblo de Girón
con salidas y dentradas,
adiós muchachas bonitas,
adiós viejas arrugadas.

—

El baile del «torbellino»
ha de bailarse versiao.
Adentro los de corrosca
y ai sos camisón rosao.

—

Anoche a la media noche
lloraba el garrapatero,
porque tocaban a misa
y no topaba el sombrero.

—

Tus ojos son dos corozos,
tus narices dos olletas,
y tu jeta una tarralla
que le caben cuatro arepas.

—

Se parecen al murciélago
los novios de la ciudá;
nuay cosa que más les guste

que dir por la oscuridá.

—

Arriero que de p'arriba
se prende al rabo e la mula,
deje el oficio de arriero
y coja el de hacer costura.

*
* *

Ofrecemos esta otra curiosidad literaria que se refiere a la vida de un indio: vida de penas, de lucha, de amor y picardía, contada por él mismo. Esta poesía es popularísima en Boyacá, y su autor parece que fue un Antonio Morales, trovador muy conocido en aquel Departamento.

Váis a oirla para que veáis que también tiene su semejanza con Martín Fierro. La transcribimos íntegra y sin más comentarios para no mermarle su interés ni la ingenuidad de su relato:

Soy José Resurreición
y mi apelativo es Ramos.
Toy pa servile a mis amos
con toda satisfaición.

Yo no supe onde nací:
Pasque jue en Sutapelao,
y endespués que taba criao
me trujeron pa Mongui.

Mi aguelo era Luis Mocó
y dicen que'ra de Sora;
y mi mamita señora
creigo qu'era de Sopó.

Murieron en Usaquén
el año de la virgüela.
¡Ah, humanidá de mi agüela
y de mi agüelo también!

Y mi mamita endespués,
después que vido a mi taita
que taba tocando gaita
y le convendría talvez.

Mi taita le dijo: Adiós . . .
ella se riyó con susto,
y como sí jué su gusto,
se casaron ambos dos.

La jamila les rindió,
pes tuvieron de contado:
a yo, a mano Tanislao
y a la Jesús que murió.

Luego mano Salvador,
endespués la Serafina,
más detrás mana Blasina
y el Zute que fué el menor.

Mi taita, era la verdá,
se vido muy atrasao
pa ver de dar el bocao
a toda su cristiandá.

Pero sabía trabajar
por que era güen clarinero,
y con un güen tamborero
eso era de no vagar.

Ya la jiesta en Chiriví
del Señor Crucificao,
o la fiesta del Sagrao
en el pueblo de Monguí.

Que ya pa Viracachá,
que ya pa Leiva o pa Suta,
ora la fiesta de Tuta,
ora la de Tibaná.

Onde quiera Valentín
tocaba, ya se sabía:
clarín de noche y de día
sin que jaltara clarín.

Daban ganas de bailar
cuando tocaba mi taita;
hasta de Velis y Suaita
lo mandaban a llamar.

Pero endespués sucedió
que echó a metele al guarapo,
y se puso que ni sapo
(endrópico digo yo).

Y desa cuenta, señor,
dio en delicase de todo;
luego echó a dolele un codo
y el romatís lo fregó.

Cuando vido que creci,
me rejiaba que ni un Cristo,
y yo me puse temisto
y del rancho me juyí.

Tres días en un maizal
de mi padrino Juan Criollo,
mascando mero cogollo,
durmiendo entre un matorral.

Y como eché a maliciar
que me taban persiguiendo,
derecho sajé corriendo
y a Veliz jui a resollar.

Apeniticas llegué
me jui de pronto al convento,
y con el cura al momento
mi trabajo contraté.

Me pusieron a cargar
las aguas de la cocina,
a limpiar una letrina,
a barrer y a desyerbar.

Endespués iba puel pan
a la tienda e misiá Pía,
y con el cura salía
a jalta del sacristán.

Asina serví al patrón
dos años de correndilla,
hasta que una condenilla
me hizo caer en tentación.

La tal se llamaba Paz
y comenzó con sus chanzas
y con risas y greganzas
que yo ya no podía más.

La Paz se picó de yo
y echó derecho a cuidame,
a abrazame y a besame
y hasta un rial me regaló.

Se puso la tal mujer
muchísimo de coqueta,
yo le decía: Táte queta
porque lo pueden saber.

Mirá que no te chanciés
onde mis amos nos vean,
mirá que la malicean . . .
Eso sí . . . Allá verés . . .

¿Sí acatarán? Cómo no.
Antón me daba un codazo
o me echaba too su brazo
sobre el pescuezo de yo.

Y yo le golvía a decir:
dejate desa tu risa,
mirá que la china avisa,
y antón se echaba a reyir . . .

Asina jué: Mi patrón
nos vido un día chanciándonos;
todo jué vernos y echándonos,
y si acabó la junción.

José (me dijo) vení . . .
Decime por qué hacés eso,
¿con que abrazos de pescuezo?
Largáte horita de aquí.

Yo dije: Mi amo dotor,
en eso no soy culpente,
de mancha toy inocente,
se lo prometo, señor.

Pero no me quijo oyir
y me arrempujó pa juera,
yo cojí mi maletera
y me tuve qué venir.

La revolución jirvió,
y el Alcalde con machete
me echó mano del collete
y a la cárcel me embocó.

A yo y al viejo Manuel
nos llevaron ajuntaos,
y allá en Tunja los soldaos
nos metieron al cuartel.

Cuando la recluta entró
me rasgaron mi sombrero
y vino un cabo-primero
y al contao me motiló.

Y echaron luego a enseñar
a todos los de mi tierra,
a caminar que ni en guerra,
con cachucha militar.

Después nos dieron jusil,
calzones y bayoneta,
y un trisito de chaqueta
que no tapaba el cuadril.

Aprendimos a trotiar
de patrás y de pa elante,
y un día vino el Comandante
y a la marcha hizo tocar.

Yo me tercié mi morral
y mientras salía la gente,
pedí licencia al teniente
y me juí a la calle rial.

Iba por satisjacer
toíto lo que debía:
un rial onde misiá Pía,
un rial onde otra mujer.

Siete y medio a don Ramón,
nueve a misiá Candelaria,
cuatro a la niña Nazaria
y se acabó la junción.

Luego onde mi amo Ziquiel
merqué medio de mistela,
una mitá de panela
y me juí parel cuartel.

En llegando el Capitán
me dio un planazo al contao,
porque miabía tardao
y porque era un haragán.

Me metió en la jormación
a punta de jurgonazos,
y me dio tres calibrazos
con mi mismo canillón.

SEGUNDA PARTE

***

Nuestro cantador festivo es casi siempre ese mozo guapetón y pendenciero, simpático y tenorio, de puños fuertes como los de «Sansón amenazando a su suegro», según el admirable cuadro de Rembrant; aquel mozo que los domingos baja al pueblo, metido en su ruana negra, sombrero blanco de Aguadas, pañuelo rabo-de-gallo, anillo de crisocal, pantalón de dril sostenido por una correa exornada de broches de cobre y lata, camisa de rayas escandalosas, mechón o cachumbo sobre la frente, espejo de tapas coloradas en el bolsillo, y cuchillo cincorrealero entre la camisa y el pantalón. Ese que después de oír la misa mayor, sale con su novia al mercado de toldas blancas, y allí, sobre un tercio de maíz o frijoles, platica alegremente, y luego la lleva a la venta de cacharros donde le regala un paquete de polvo marca «RAS» o un pañuelo de colores con versos en las puntas, que empiezan: «Lucero de mis noches» o «Díle al ente-

rrador que cuando muera—sepulte tu cadáver junto al mío»: ese que, después que le ha dicho a su amada un millar de mentiras muy hermosas, se va al estanco de licores, al Palacio de la Felicidad que llamó nuestro gran Rendón, pide allí un aguardiente doble, y una vez que se lo han servido toma en la diestra el vasito de cristal, rechaza el agua diz que para no dañar el sabor del trago, echa hacia atrás la cabeza en el momento en que lleva a los labios el cristalino licor, mientras sostiene con la mano izquierda el sombrero de alas rizadas . . .

A poco rato repite la dosis, ya en compañía de algún amigo o vecino de campo, hasta que nuestro hombre empieza a derrochar ingenio, es decir, a ponerse conversador, y a escupir en el suelo y a limpiarse la boca con el dorso de la mano. Inmediatamente que al estanco se asoma un policía, ese pintoresco personaje de nuestros pueblos, el alegre campesino, así como quien no quiere la cosa, y mirando a todos lados, se escurre hacia la fonda conocida en busca del fragante almuerzo. Y en tanto que le traen el mondongo, el chocolate y las empanadas, agarra del pescuezo el tiple que afortunadamente alcanzó a ver sobre la cama humilde de la dueña de la casa.

Vedlo, sentado sobre un pequeño escaño que está al pie de la mesa de comer, cómo se embriaga acariciando las cuerdas y la larga nuca del instrumento familiar y típico, ese lustroso tiple, compañero y amigo de nuestro pueblo. En el hogar campesino el tiple es artículo de primera necesidad, de la misma manera que lo son las velas y la carne. En nuestras montañas se citan casos de matrimonios pobres que han empeñado la «vaca de leche» o el cerdo de engorde, para comprar un

tiple. Entrad en cualquiera casucha campesina y al trasponer la salita, lo hallaréis en la alcoba siguiente, enfundado en una tela azul o roja para librarlo del polvo y de la impertinencia de las moscas, y al lado, casi siempre, de un retablo de San José o de una lámina brillante de los avisos del jabón de Réuter. Se cuenta que en nuestras guerras sangrientas y primitivas de otros tiempos, les era prohibido a los soldados tocar el tiple en los cuarteles, porque con aquella música hermana sus almas enfermaban de nostalgia y así aumentaba el número de desertores.

Pero oíd a nuestro cantador hambreado:

Por esta calle pa bajo
suenan bolas de billar:
táte quieta Candelaria
no me vas a escalabrar.

—

Mamita, yo quiero un güevo,
porque me gusta la yema,
y lo quiero calientico
porque calientico quema.

—

Mi vida, si me querés,
meteme en el platanal,
que como tu madre es ciega
dirá que es un animal . . .

—

Cuando dos quieren a una
y ella quiere a uno solo,
parece el aborrecido
mono comiendo congolo.

—

La vida siempre es la vida
por cualquier parte que venga:
lo mismo es morir en Francia
que al pie de la maruchenga.

—

Cinco cosas tengo, Flora,
cosas que no tenés tú:
cencia, pacencia, virtú,
un conejo y una lora.

—

De las muchachas de casa
la más bonita es Dolores,
y no la arrastro en un cuero
por veinticinco condores.

—

Asomáte a la ventana
y después al corredor
y verés a Mariquita
bailando con Salvador.

—

Ave María si hay gente!
yo me voy pa la cocina,
yo le juyo a las mujeres
como el zorro a la gallina.

Escuchad sus ideas políticas, muy al estilo de nuestros jefes de partido:

Ahora me voy parriba,
me llevo mis dos condores,
y en el alto pego un grito:
¡Vivan los conservadores . . . !

—

Ahora me voy parriba,
me llevo mis cinco riales

y en el alto pego un grito:
¡Que vivan los liberales!

—Deje esa rochela—le dice la dueña de la fonda, en tanto que le sirve el almuerzo. Y luego que ha salido de esto, se bota otra vez a la plaza y ya lo tenéis en el altozano en compañía de su novia. Pasa a su lado todo el medio día, y a las cuatro de la tarde se va a comprar la carne, que a esta hora se consigue más barata. Arregla su mercado, busca a sus compañeros de todos los domingos, y al dejar el pueblo, cuando saben que ya no hay ningún agente de policía, dan un grito de alegría o hacen un disparo de revólver. Y empieza la segunda bebata. En el primer estanquillo se toman un trago, y así van dejando ventorros y anhelando otros. Al llegar a la venta del Alto,—porque en casi todos nuestros caminos hay una casa en donde venden aguardiente y que llamá «El Alto»,—le grita el mejor anfitrión a la señora de la venta: —A ver, mi vieja, denos uno, pero ligerito . . . —Cómo lo quieren?—pregunta la patrona.—De *dos pisos,*—contestan al unísono. Se toman su *doble,* y mientras se ofrecen cigarrillos de mala muerte o tabacos delgados, el as de los copleros ya ha rasgueado el tiple al pie de la ventanilla enrejada hasta la mitad.

—Aentro, pues,—grita uno.—Déle ques fiesta, compadre—añade otro. Y las coplas o trovas van saliendo una tras otra, como gotas de un filtro:

Yo estaba queriendo una
y otro también la quería:
aquí vengo a que partamos,
no quiero más compañías.

Mi vida se me nojó
y se me sentó en el patio,
porque le dije chanciando:
fuera de vos tengo cuatro.

—

Tus ojos me tienen ciego,
me tienen mudo tus labios,
vos sabrás que hacés con yo
porque me has contramatao.

—

Decile a la vida mía
que al anochecer voy yo,
que si la topo con otro
hay mismo le amaneció.

—

Decile a la vida mía
que vive en Copacabana,
que me mande los tabacos
que me voy por la mañana.

—

Decile a la vida mía
que por la noche se va:
si no topa quién la lleve
yo lihago la caridá.

—

Cuando un pobre está queriendo,
llega un rico y se atraviesa,
y al rico también le cabe
un buen palo en la cabeza.

—

Toda la noche, señora,
al bordito de tu cama,
y no juites pa decime:
súbase que se emparama.

Y si uno de los cantores censura al músico con tal o cual charla, éste, susceptible como los grandes «virtuosos», coloca el instrumento contra el muro, saca de la cintura el cuchillo y dice al que lo haya ofendido en su fuero artístico:

—Vea, mi viejito, solivése la camisa pa que no se la ensucé y guárdeme este cuchillo en el jigado . . .

Pero, como en el soneto de Cervantes:

Caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése y no hubo nada . . .

Y allá van todos, abrazados amigablemente, dando vivas y traspiés . . .

***

Los arrieros de Antioquia, esos héroes anónimos de fuerza hercúlea a la manera del Artemio, el feroz sinvergüenza de la novela de Gorki, son los que con más amor y constancia cultivan el canto popular. ¿Quién no los ha visto tragados hasta la cintura por esos bermejos fangales de nuestros caminos, cantando y estremeciendo los montes y cañadas con su voz varonil y peculiar? ¿Quién no ha oído sus chistes de todo el salero y de todo el maíz, cuando el buey o la mula se hunde en el pantano y entre reniegos le gritan, como cantó Jiménez en su precioso poema: «Que le traiga recados de los infiernos»? Todos los hemos admirado, si no al través de los versos de Epifanio,—el más grande poeta regional y quizá nacional,—en los caminos y en las posadas, después de toldar y haber comido los frijoles con tocino que el «sangrero» preparó después que ellos descargaban las mulas . . . Evoquemos ahora este cuadro gitano y veréis cómo van sur-

giendo los cantares:

Son las seis de la tarde. El sol va regando sus últimos vellones pálidos sobre montañas y caminos. Los arrieros, entre las cuatro paredes de tercios de café, levantadas en el corredor de la casa de hospedaje, están tumbados a la bartola sobre costales, sudaderos y muleras, jugando al tute; uno más alto que todos, sobre los bultos, toca la dulzaina; aquél cuenta y recuenta los pocos centavos que posee; el de más allá, mientras limpia con el machete la huella sangrienta que la bestia dejó bajo la enjalma, le hace caritas a la hija de la dueña de la casa que está fregando los trastos en la poceta; éste escribe una carta de amores sobre la parte posterior del guarniel, para una fresca campesina que vive en la siguiente posada y que le entregará mañana si la vieja madre de la moza se descuida un rato.

Todo es regocijo y tranquilidad. Un perro ladra como por no dejar . . . Las gallinas, palo arriba, van trepando una a una hasta quedar bien instaladas bajo las ramas malolientes de un guamo o de un naranjo sin frutos. Va oscureciéndose la tarde. De pronto un tiple emociona la posada, y todos los arrieros se acercan donde suena la amorosa armonía. Y se inicia la trova, primero en orden y luego como Dios quiera:

Si usté va a trovar conmigo
tiene que saber trovar,
pues ta la cabeza llena
y un costal por desatar.

Uno con voz de falsete contesta gallardamente:

El que trovare conmigo,

a las cumbres lo alevanto,
porque soy gallito fino
que en toda gallera canto.

El que toca el tiple contesta:

Arriba mano Manuel,
busté ques tan buena ficha,
bregue a sostener la trova
pa que ganemos la chicha.

Y Manuel responde:

Pa que ganemos la chicha
no se necesita tánto,
canto si me da la gana,
y si no me da, no canto.

Otro interrumpe:

Arriba con ese guache
y ese vigüelón parejo,
que esta noche hemos de ver
si el toro revienta el rejo . . .

Vuelve el músico:

Arrayán de la quebrada,
yo te mandaré cortar,
pa que no sias alcagüete
de las que van a lavar.

Manuel tercia:

La copa de mi sombrero

tiene nueve corazones:
tres que van y tres que vienen
y tres que están en prisiones.

Y carga el músico:

En aquel alto, mamita,
gritaron unos arrieros,
y si vuelven a gritar,
mamita, me voy con ellos.

Otra voz:

Aquella rosa de Guarne
tuvo muy mal jardinero,
se la dejaron llevar
de cualesquier pasajero.

Entonces las muchachas de la casa asisten también a la contienda poética, y una de ellas, para probar que no es como dice Martín Fierro, en el poema de Hernández, que

Entre pájaros cantores
sólo el macho es el que canta,

se coloca ambas manos en las caderas robustas y dice:

Esto dijo el armadillo
cuando iba para su cueva:
como no me moje el rabo,
yo qué demonios que llueva.

El del tiple completa:

Esto dijo el armadillo

sentado en un arboloco:
¡ah, malhaya más ajiaco
que este almuerzo tuvo poco!

Y vuelve la muchacha:

El armadillo es un santo,
porque yo lo vide ayer
en la puerta de la iglesia
santiguando a una mujer.

Otro ataca por el lado del amor, y con mucha razón:

El amor de las mujeres
es como cierto bichito,
que pica y hace la roncha
y sigue su caminito.

Y le contestan:

La chiquita se casó,
me casaré con la grande,
y si la grande se muere,
pues me caso con la madre.

El del tiple:

Yo soy el Ramón Palacio,
el que vive en Yarumal:
yo soy el que me paseo
en el filo de un puñal.

Una mujer:

El hombre que se enamora

de mujer que no lo quiere,
merece cincuenta azotes
cantándole el miserere.

Otra:

La mujer que quiere a dos,
no es boba, que es alvertida,
si una vela se le apaga
otra le queda encendida.

Uno, que hace mucho está recordando algo original y bueno, debuta de esta manera:

Me cojías de la mano
y me llevabas al monte,
y en el monte me decías:
mónte, señor, mónte. . . mónte . . .

Otro negro, mientras mira a una de las muchachas, tabaco en boca, lanza esta maravillosa:

Es tanto lo que te quiero
que no sé qué darte yo,
si una *p* con una *i*,
go una *c* con una *o*.

El del tiple, que se cree el as, también triunfa con la siguiente:

Quisiera vete y no vete,
quisiera hablate y no hablate,
quisiera topate a solas
y quisiera no topate.

Tras del grupo suena una voz joven:

Acostadita en tu cama
con tus paticas calientes,
y yo al pie de tu ventana,
triqui-traque con los dientes.

A pesar de la algarabia, y mientras el músico rasga el tiple, uno comenta la copla anterior:—Bobo que sos, pa qué no te subites . . .

Y a seguida, para deslumbrar a los espectadores, el mismo comentador quiere dar algo «nuevo», tan nuevo, que parece salido del *tesoro* de «Los Nuevos»:

Ensillando mi cocina
y empajando mi caballo,
me puse a cuidar la chucha
que no se la coma el gallo.

Y la vieja sirvienta que tampoco es del «gajo de las chupachupas», levanta su alambrada voz y chilla:

La marrana en el balcón,
la señora en el chiquero,
el gallo tocando tiple
y el burro en el gallinero.

Otro atropella:

En unas como ciudades,
habiendo como unas fiestas,
pasaron unos caballos
montados en unas bestias.

Y un peón, sin hacerle caso a la música, revuela de esta suerte:

Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete, ocho, nueve y diez,
y cuatro que son catorce,
y dos que son diez y seis.

Y cuando ya se va agotando el venero, se abren paso unos, se sientan otros apartando enjalmas, sudaderos, sogas, banquetas, manos de pilón, &., empiezan a salir nuevos hombres y mujeres vestidas de muselina roja con las manos en las caderas vibrantes y haciendo mover los senos dentro del corpiño barato, porque surgió como una divina mujer desnuda en la paz perfumada de una floresta, la más melancólica, festiva y racial de las canciones criollas: la inmortal «Guabina»,

canción sabrosa, dejativa y ruda,
ruda cual las montañas antioqueñas
donde tiene su imperio y fue su cuna,

como cantó Gutiérrez González en su célebre «Memoria del Cultivo del Maíz en Antioquia».

En medio del entusiasmo, uno de aquellos peones se aparece con un instrumento ideado por él mismo. Se trata de un tarro desfondado, en cuyos extremos lleva, bien amarrados con cabuya, dos pedazos de cuero de tatabra, imitando así un sordo y pequeño tambor de guerra, tocado con dos palillos burdos. Quien pulsa este moderno instrumento es un viejo de setenta años: negro, de poca es-

tatura, con siete u ocho anillos de cobre en los dedos, guarniel inflado de tabacos, cuchillo, pañuelos escandalosos, recado de sacar candela y mil chécheres más. Este viejo, que llama Adolfo Sierra y que conocimos hace ya mucho, tenía en aquel entonces cuatro o cinco nietos y una esposa trabajadora y buena. Pero a pesar de todo esto, un día fue llamado por el Alcalde del pueblo para notificarle que estaba sumariado por relaciones ilícitas con una mujer casada. El viejorro se sonrió y preguntó al Alcalde:

—Bueno, señor Alcalde, y el marido de esa mujer fue el que puso el denuncio?

—No—contestó el alto empleado del puebluco. —Aquí tuvimos conocimiento del asunto por medio de otras personas.

—Pues, señor Alcalde, yo no sé de eso de leyes, pero creo que usté debe esperar a que el marido ponga el denuncio.

—Y eso por qué?—preguntó el Alcalde.

—Pues, señor, porque yo sostengo con mi trabajo a la mujer esa y al marido también . . .

Naturalmente, el señor Alcalde del villorrio archivó el sumario, y Adolfo,—romántico como el de Benjamín Constant,—siguió amando y haciendo la caridad al mismo tiempo . . .

Pero los trovadores, antes de dar comienzo a la Guabina, desean calentar con una copa la garganta. ¿Cómo conseguirlo? Muy fácil: le disparan al dueño de la posada esta «trova»:

Este don Pacho García
es un hombre muy formal,
reparte carne a los pobres
y paga mejor jornal.

Y el compañero, para completar mejor el sablazo, dice cantando:

Este don Pacho García
sabe, porque es muy valiente,
que pa cantar la Guabina
hace falta un aguardiente . . .

Toda la concurrencia aplaude, y don Pacho, bueno como el que más, manda a traer para los cantores una copa del blanco licor que en un baúl tiene guardado entre un garrafón forrado en mimbre.

Ya bebieron los trovadores, ya suenan en completo desacuerdo el tiple y el original tambor . . . Venga, pues, la Guabina, nuestra canción más popular, de la que han hecho artistas como Murillo y Castilla verdadera música nacional. Oídla, mientras bailan los negros y las gordas campesinas:

La Guabina se baila
con dos parejas,
onde bailan muchachas
no bailan viejas.

Si tu rancho se cae
hay componienda,
si una mujer se pierde
naide la encuentra.

Al subir a la cuesta
te vi una tarde,
ay, que lo que yo he visto
no lo vio nadie.

Al subir al naranjo
te vi una pierna,
si nada hubiera visto
nada quisiera.

Una oyeta de cobre
me dio mi suegra:
cada vez que se noja
manda por ella.

En la puerta del cielo
venden natilla,
y estan los marinillos
allá que chillan.

Tiene la novia mía
un diente menos,
y por ese portillo
nos entendemos.

Cuando toquen Guabina
no bailes, madre,
ni mi hermana tampoco,
ni mi comadre.

Por la calle del cura
venden muchachas,
veinticuatro por medio,
como arracachas.

Una mujer me dijo
en Salamina,
váya por el muchacho
que ya camina.

Si querés que te quiera
matáme un pollo
y verás con el gusto
que me lo como.

Si querés que te quiera
dame un abrazo,
y verás qué sabroso
brazo con brazo.

Si querés que te quiera
dame un crespito,
y verás qué sabroso
crespo y crespito.

Si querés que te quiera
dame una pierna
y verás qué sabroso
pierna con pierna.

Si querés que te quiera
dame un piquito,
y verás qué sabroso
pico y piquito.

Y como el baile cansa más que el canto, las parejas caen rendidas donde Dios les ayude, en tanto que los músicos siguen ensartando coplas, hasta que se dan cuenta de que ya no tiene objeto.

Los primeros que se retiran son los arrieros, porque tienen qué madrugar. Tras éstos siguen los peones y demás espectadores, camino de las esteras en el suelo y de los frescos zarzos . . . Silencio. Paz. Sueño.

***

En nuestros ingenios de dulce, y sobre todo en los de menor importancia, o sea, en los trapiches de mano, también la poesía ha sentado sus reales. Mientras uno de los trabajadores mete la caña por un lado y otro la recibe ya en bagazo, el guarapo o zumo espumoso cae sobre el tazón de barro. Aquí, como en los cantos de los cafetales, se lamenta la ausencia del gran compañero: el tiple. Pero con la música chirriante del trapiche basta para cantar. Y es que nuestro pintoresco cancionero no anda por restaurantes, cafés y casas de equívoca moralidad. No. Nuestra copla es como una preciosa muchacha de quince años que corre por los campos, se sube a los altos cafetos, se mete en los socavones de las minas, va tras las muladas, tras los bueyes lánguidos, duerme en las posadas del camino, viaja en las débiles canoas buscando la música de los ríos y el aire fresco de las selvas vírgenes. Es ella

la amiga inseparable del trabajo duro, el consuelo de los que están a la caza del pan nuéstro de cada día . . .

El primer amor que tuve
parecía una borrachera,
se me nublaban los ojos
y me temblaban las piernas.

Esta noche, vida mía,
yo seré tu centinela,
yo te tenderé la cama,
yo te apagaré la vela.

El amor de las mujeres
es como el del gallinazo,
que en comiéndose la carne
al hueso no le hacen caso.

Cuando yo iba pa tu casa
considera cómo iría,
que hasta mi yegüita mora
relinchaba de alegría.

¿No te dije María Antonia
que echaras el gato afuera,
que se subía a la ventana
y se bebía la postrera?

Por esta cañada abajo
va mi sombrero volando,
y en las alas va diciendo
que mi amor se está acabando.

Si querés saber, mi vida,

cómo enamoran los ricos:
pues se paran en la puerta
con la mano en los bolsicos.

Decís que no me querés
porque no tengo calzones,
mañana me los verés
con hebillas y botones.

Decís que no me querés
porque yo no te doy nada:
acordate el otro día
de la pela en la quebrada.

Allá te mando esos quesos,
envueltos en otros quesos,
y no te mando más quesos
porque no tenía más *que-esos.*

Unos duermen en la cama,
y otros en el aposento,
y yo duermo en la cocina
y pago el arrendamiento.

La caña con ser la caña
también siente su dolor:
la meten en el trapiche,
le muelen el corazón.

El amor que te tenía
era de vara y tres cuartas,
y con el mal de la ausencia
se ha puesto de cuatro varas.

Sólo un beso de tus labios,

es más dulce, prenda mía,
que tuitica la panela
de mis montañas queridas.

Las estrellas en el cielo,
la luna en el carrizal,
boquita de caña dulce
quién te pudiera besar.

Malditos sean los infiernos
cuando me puse a querer,
si hubiera sembrado caña
ya estaría de moler.

Y tras esto viene el ritornelo sentimental y triste:

Molé, molé,
molé, trapiche, molé,
molé la caña pasada,
molela a la media noche,
molela a la madrugada . . .

—

Mi mujer y mi mulita
se me murieron a un tiempo,
qué mujer ni qué demonios:
mi mulita es la que siento.

El dejar a una bonita
no es perder ninguna joya,
es lo mismo que perder
de la jáquima la argolla.

Decís que no me querés
porque soy un pobre mozo:
yo soy como el espinazo

pelao, pero sabroso.

Pido que cuando me muera
me entierren con mi sombrero,
por si acaso en la otra vida
me coge algún aguacero.

Pido que cuando me muera
me entierren con mi machete,
por si acaso en la otra vida
me pone alguno pereque.

Pido que cuando me muera
me entierren con mi vigüela,
por si acaso en la otra vida
se ocurre alguna rochela.

Molé, trapiche, molé . . .
molé la caña pasada,
molela a la media noche,
molela a la madrugada . . .

—

Señores: vengo a contales
las gracias de San Miguel:
El lunes cortó la caña,
el martes se fue a moler,
el miércoles hizo carga,
el jueves se fue a vender,
el viernes pegó la plata,
sábado se fue a beber,
y el domingo amaneció
que no se podía mover . . .

Molé, trapiche, molé . . .
molé la caña pasada,

molela a la media noche,
molela a la madrugada . . .

***

En las haciendas de café, las «chapoleras», que así llaman a las mujeres que cogen el precioso grano,—nuestro café, el segundo del mundo, la mayor riqueza nacional, el motor de nuestras finanzas, el más alto escalón de nuestro porvenir,—las «chapoleras», decimos, cantan las mejores coplas. Siendo niños, no se nos borrará esta escena que presenciábamos a diario en la hacienda de un gran cultivador de café, muy querido amigo nuéstro: Es la gran cosecha. Más de 300 mujeres, en compañía de sus esposos, hijos, padres, desde la madrugada cogieron el cacharro y entraron al cafetal. Por acá pasa un vigilante antipático, por allá un mocetón con el machete y el canasto de mimbre o lata al cinto; bajo el ramaje crespo y verde-oscuro de un cafeto, se desliza, igual que una pastora bíblica, una chiquilla rosada, con la pantorrilla robusta al aire y la melena de hilos negros y enredados, presa en un pañuelo de mil

colores; más allá grita un gamín de diez años que trajo su madre para que le ayude a completar los tres almudes de café con que ella sostiene su vivir diario; sobre la copa de un árbol, otro ágil joven, mientras llena su vasija, le da la lata a un su vecino diciéndole que no gana ni para mantener un diostedé. Todo el cafetal está pletórico de trajes vistosos, gritos y cantos. A este lado que orillea una quebrada juguetona, suena la voz de una mujer:

En la hacienda de «La Pepa»,
no hay naditica qué ver:
don Epifanio Montoya,
los hijos y la mujer.

Otro, para avivar la llama sagrada, echa al aire ésta:

Quejidos por Amagá,
lágrimas por el Pedrero.
¡Adiós Mariana Quijano,
hija de Lope Quintero!

Y la poesía, que da aliento en aquellos lugares, se va esparciendo, en tanto que los granos, como fabulosos rubíes, caen sobre el canasto:

Yo estoy queriendo un zambito
que es del cielo una beldá:
zambito que quita el sueño,
qué tal zambito será.

Yo estoy queriendo un zambito,
chiquito pero buen mozo,

el de los ojitos negros
que apenas le apunta el bozo.

Una voz de mujer enamorada, deja ver su alma de esta manera:

En esta maldita hacienda
me tienen corrido un velo:
ya me voy, ya me despido,
voy a salir, y no puedo.

¿Verdad que está embrujada la pobre «chapolera»? Y un hombre que probablemente la quiere, pero que ella desprecia, le contesta:

Comamos junticos, negra,
en este platico e palo,
a ver si se vuelve güeno
este tu negro tan malo.

Otro se declara así:

Allí te mando esa carta
escrita con el rocío,
abríla, que está cerrada
y aentro el corazón mio.

Y una que se dio por aludida, dice:

Ayer recibí tu carta
y le sacudí el rocío,
y saqué tu corazón
y lo ajunté con el mío.

Y el que provocó esta justa vuelve a cantar, clavando en el corazón de la zagala la flecha de oro de que nos habla Ovidio:

¡Ay, cuándo será ese cuándo
y esa dichosa mañana,
que nos lleven a los dos
el desayuno a la cama!

Deme Dios un pajarito
y que vuele como el viento,
pa que lleve mis suspiros
onde está mi pensamiento.

Mi vida se está peinando
y el viento se lleva el pelo,
quien fuera gavilancito
pa revolar y cogelo.

Mi vida, si me querés
no me tés atormentando,
que vos no sos purgatorio
pa que me tengás penando.

No me parece muy raro
que seas mujer esbelta,
porque ese es resabio viejo
de todas las antioqueñas.

El murmullo y la queja de otro idilio, no menos tierno, suena a lo lejos:

Tus ojitos y los míos
los tienen aborrecidos,
a vos porque me querés,

y a yo porque no te olvido.

Esta tarde, vida mía,
te aguardo en el lavadero,
pa que me des en la boca
lo que no cabe en el cielo.

No fue el sol que se ocultara,
tampoco que anocheció;
fue que a mi zamba querida
le dio sueño y se durmió.

Esta noche se parece
a las que yo caminaba,
y a la Virgen le ofrecía
los trompezones que daba.

Yo pa caminar a oscuras
no necesito farol:
los ojos de mi morena
alumbran todo el cañón.

Esta casa llama «Cielo»
porque yo la puse asi . . .
¡Doloritas Castañeda,
que yo tu querido juí!

Y cercana se oye otra voz femenina:

Hacete pacá mi vida,
hagamos un cambalache,
cambiemos tus ojos zarcos
por los míos de azabache.

Y las coplas intencionadas y amorosas hieren

la dulzura de la hora:

Los ojos de mi muchacha
son grandes y son azules:
se parecen a los cielos
cuando se apartan las nubes.

El amor que te tenía
era mucho y se acabó:
lo puse en una ramita
y el viento se lo llevó.

Quereme, niña querida,
que yo ya sé trabajar,
que tengo yucas maduras
y plátanos de arrancar.

Decime si me querés,
hermoso clavel rosao,
ojitos de haber dormido,
piquito de haber piquiao.

Venite pacá, mi vida,
no liace que siamos primos,
que también los arrayanes
se ajuntan con los mortiños.

Yo taba en el seminario
por dale gusto a mi mama,
pero te vide, Mercedes,
y abandoné la sotana.

Mi maizal está marchito
y mi yucal seco está,
porque hoy hace un año largo

que se murió Trinidá.

Me escribites una carta
sabiendo que no sé ler:
mandame razón de boca
que yo te contestaré.

Ayer me diste un pañuelo
marcado con perfección,
y hoy me diste un desengaño
de los de marca mayor.

Si no me amás no me enojo
ni voy a perder la calma,
pero si querés algotro
a los dos les rompo lalma.

Señor Dios que nos dejates
sin máiz el año pasao,
y nos volvés a fregar
si no ponemos cuidao.

Por un abrazo y un beso
me pedites cuatro riales:
me parece muy caro eso
poniendo los materiales.

—

Cuando dos se quieren bien
y no se pueden hablar,
con el humo del tabaco
se saludan al pasar.

—

Abrime la puerta, cielo,
bella flor de filigrana,
que si no me abrís ligero

me meto por la ventana.

—

Abrime la puerta, cielo,
bella flor de caracucho,
que si no me abrís ligero
la rompo con el serrucho.

—

Mi mujer se puso brava
porque otra me agasajó:
si yo tengo mi modito
y me quieren, ¿qué hago yo?

—

Yo te di mi medio rial,
pa que me hicieras cariños;
sólo me hiciste una vez,
me tas debiendo un cuartillo.

***

Nuestros pueblos mineros son a su vez grandes productores de coplas. También esos formidables y bravos machos, cuando bajan a las profundidades de la mina en busca del maligno metal, enseñan sus pasiones en cantos que, déntro, se oyen como voces de ultratumba. Oídlos. Este minero que anoche estuvo en un baile de garrote cuenta cómo quedó la sala:

Debajo de una tarima
hay dos vigüelas quebradas,
unas copas vendedoras
y unos restos de empanadas.

Este otro nos hace su autosemblanza:

El alcalde me persigue,

el cura me descomulga,
la mujer me jarta a palos
y el amor zumba que zumba.

Aquél, sudoroso, refresca su cuerpo y su alma recordando a la amada:

Corazón de chifle-chifle,
engastado en chifli chafle,
¿cómo querés que te chifle
si vos nunca me chiflaste?

Escuchemos a este valiente, como don Juan:

Una muchacha bonita,
con un camisón de fula,
hace meter a cualquiera
en las patas de una mula.

Este hermana la política y el amor, como quien dice, el aceite y el agua:

Anoche soñé, mi vida,
que los godos me mataban,
y eran tus hermosos ojos
que ofendidos me miraban.

Aquí tenéis otro que quiere morir con su propia herramienta:

Tenés unos ojos negros
que parecen dos taladros.
Atravesáme con ellos
y ai sos, camisón de cuadros.

Y éste, festivo como una pandereta andaluza:

Una novia que yo tuve,
todas las efes tenía:
era fea, flaca, floja,
fregona, frágil y fría.

—

Si usté me da con la pala,
me tapo con la batea,
y nunca aspire a muchacha
porque siempre lo nonea.

—

Marinilla es media silla,
Ríonegro la silla entera,
la Ceja son los estribos
y el Carmen la gurupera.

Envigado es una tierra
bonita y de buenos tipos,
pero allí sin saber cómo
se llena un pobre de hijos . . .

Es Caldas sabroso pueblo
de mujeres muy bonitas,
pero si usté se calienta
le sacan hasta las tripas.

Por San Pedro sale el sol,
por Santa Rosa la luna,
el hombre que no es casao
con agua se desayuna.

Hace frío en Entrerríos,
y en Yarumal frío y medio,
en Angostura tristeza

y pereza en Campamento.

Remedios es la cabeza,
Zaragoza pierna y muslo,
Cancán la caja del cuerpo
y Amalfi . . . no digo nada.

Este, en medio de su ignorancia, se muestra vanidoso como casi todos nuestros artistas:

En las calles de Remedios
cuando me pongo a cantar,
hago temblar los chiqueros,
retumba la Calle Rial.

Y este otro, exagerado como todos los antioqueños, pero también ingenioso como pocos, canta:

Qué tal será Juan Taborda,
qué tal será de ladrón:
me robó los calzoncillos
sin quitarme el pantalón.

Escuchad ahora las lamentaciones de este discípulo de Werther:

Dende que te vi te amé,
te mostraste indiferente,
ole, no siás tan así,
no siás tan enteramente . . .

Y las picardías y el buen humor de este filósofo poeta:

Por ai suena un vigüelón,

vigüelón de filigrana;
quien toca ese vigüelón
ese es Fernando Quintana.

—

Donde canta Martín López,
no puede cantar Gaitán,
porque Martín López canta
poco a poco y sin afán.

Yo soy Pedro Ciengallinas,
que tengo a los pollos miedo,
pero a las gallinas grandes
de las patas me las llevo.

Unos dicen que las Juanas,
otros que las Isabeles:
yo digo que para mí
todas ellas son mujeres.

Querer atajar el paso,
a dos que se quieren bien,
es como echar leña al fuego
y sentarse a verla arder.

Yo estoy queriendo una negra
y al mismo tiempo una blanca,
y si la negra se noja
las mismas yucas arranca.

Para seguir con la poesía de estos fuertes buscadores de oro, oíd este romance, al parecer genuinamente colonial, que nos cantó un minero en una noche de jarana y descanso, allá en las minas de «La Clara», y que es nada menos que el idilio y la peregrinación amorosa de la Virgen Madre y

del Carpintero San José. Advertimos, con mucho gusto, y como una nota de agradecimiento, que nosotros teníamos apenas un fragmento muy variado de tan excelente obra, cuando cayó en nuestras manos una revista panameña en donde encontrámos el célebre romance, ya completo y con muy inteligentes comentarios, debidos a la pluma del Reverendo Padre franciscano Teodoro Domínguez del Río. Así lo transcribimos, sin averiguar su legítima procedencia, porque ¿quién sabe del corazón de qué aventurero español se desprendió esta piedra preciosa para quedar incrustada en la corona magnífica de nuestra lírica popular colombiana, y que nosotros vimos brillar una noche en la voz de uno de aquellos «gloriosos campeones que perdieron sus vidas entre los socavones» y que el referido franciscano del Río escuchó y recogió en el Valle de Tenza?:

Cuando el sol apuntó su rayo,
la luna no parecía.
Caminan para Belén
San José y Santa María.
Santa María iba de parto,
que dar paso no podía.
Llegaron a una columna
y allí pidieron posada.
No les quisieron dar,
porque allí no convenía.
Santa María salió llorando
de lágrimas, que no vía.

San José le consolaba:
—Cálla, no llores, esposa,
cálla, no llores, María.

Llegaron a un portal
donde una mula comía;
allí pidieron posada,
allí sí les quisieron dar
porque allí si convenía.

San José sacó candela
con un eslabón que «tría».
San José puso la mesa
con pan de gloria que «tría».
—Venite a cenar, esposa,
venite a cenar, María.
San José tendió la cama
de rosas y alejandrías.
—Venite a acostar, mi esposa,
venite a acostar, María.

Al silencio de la noche
los gallos que «menudiaban»,
la gente que se dormía.
Dispiértase San José
y halla su esposa parida.
Los ángeles en el cielo
repicaban de alegría
al ver que ya había nacido
el Niño Dios de María.

Bajan ángeles del cielo,
unos con platillos finos,
otros a vestir el Niño
y otros a ver la parida.
El Rey del cielo pregunta:
—Qué tal está la parida?
—Alentada está, Señor,
en su sagrario metida.

El demonio está «mu» malo,
lleno de melancolía;
porque los cristianos rezan
el rosario de María.

***

Los cantos de los bogas son los más dulces. Al són perezoso de los remos y con la música del agua, el cantar se hace más bello y más encantadoramente melancólico. Ya el glorioso poeta Candelario Obeso inmortalizó a estos machos desnudos con su célebre «Canción del boga ausente», la cual vamos a copiar aquí, porque sería una lástima muy grande dejar olvidada una de las poesías más sentimentales de la lírica colombiana, y porque es ella tan popular como hermosa:

Que trijte que ejtá la noche;
la noche qué trijte ejtá . . .
No hay en er cielo una ejtreya...
Remá . . . Remá . . .

La negra re mi arma mía,
mientras yo brego en la má,
bañao en suró por ella,

¿que hará? ¿qué hará?

Tar ve por su zambo amao
doriente sujpirará;
o tar ve ni me recuerde . . .
¡llorá . . ! llorá . . !

La j'embra son como e'toro
lo rejta tierra ejgraciá . . .
Con acte se saca er peje
der má . . . der má . . .

Con acte se abranda er jierro,
se roma la mapaná.
¿Cojtante y fijmej? la penaj!
No hay má... No hay má...

Qué ejcura que ejtá la noche;
la noche qué ejcura ejtá . . .
Asina ejcura ej l'ausencia . . .
¡Bogá . . . Bogá . . !

En las riberas del Magdalena, del Cauca, del Atrato, &. se oyen coplas como éstas:

En la otra orilla está,
y me dice que la pase;
cosita que no he podido:
atajar pa que otro enlace.

—

Mañana por estas horas,
quién se acordará de mi:
solamente la tinaja
por l'agua que le bebí.

—

En el remolino de Honda
se hogó la vidita mía;
andá, remolino de Honda,
que yo volveré algún dia.

—

La mujer pa ser bonita
ha de ser alta y delgada,
pelinegra, cejijunta,
con lunares en la cara.

—

La mujer pa ser bonita
tres cosas ha de tener:
buenas zancas, buena cara,
y buenos brazos también.

—

Ojos negros y serenos
con la pintura de un toche:
decime, maldita negra,
con quién dormites anoche.

—

Présteme usté su candela
para encender mi tabaco,
que de lo mucho que lloro
se me apaga cada rato.

—

Hay un río que separa
esta vida de la eterna,
y que se pasa en un barco
forrado en percala negra.

—

Yo soy nacido en Antioquia
y criao en el Paso Rial,
y en una totuma de agua
soy capaz de navegar.

A Zaragoza no bajan
barqueta ni barquetón;
de Zaragoza pa bajo
no hay más quel demonio y yo.

—

Cuando a Zaragoza bajan
los cachacos a vender,
naranja china, la poma dulce,
guamas a cinco, cocos a tres.

Y oíd ésta, para que veáis qué clase de negro es quien la canta:

Adiós bodega de Cáceres,
bodega de mil demonios,
onde mi han alevantao
tántos falsos testimonios.

Pero de estos cantos populares ninguno como el que «Meje» tenía guardado en su memoria. Este era un negro chocoano, tallado en carne charolada: alto, de anchos y largos pies, de ojos feroces y manos hábiles para «desjarretar un toro y estrangular un león», como dijo Darío en su soneto al gran Caupolicán. Pasó «Meje» toda su vida deslizando una canoa sobre las aguas terribles del Atrato, exponiendo al sol y a los moscos su desnudez escultural y listo siempre a entendérselas con los hombres y las fieras del agua y de la tierra.

Estaban una noche en una taberna de uno de los villorrios de aquella región riquísima, bebiendo y cantando, algunos bravos antioqueños que habían ido allí atraídos por la fama de esa tierra de promisión, cuando, con el sombrero blanco en la corona, el machete al cinto, y vestido de cami-

sa de franela y pantalón amarillo, apareció el conocidísimo boga «Meje». Pidió de mala manera una copa de aguardiente y se sentó a escuchar las canciones de los juerguistas. Uno de éstos, poeta oscuro, pero brillante dentro de su oscuridad, se puso de pie y dijo algunas de sus poesías inéditas. De pronto, «Meje» se levanta y pide permiso para echar su siete de espadas. Ninguno le hizo caso; por el contrario, todos le dijeron que se callara, sin saber ¡ay! que en aquel salvaje palpitaba el corazón de un gran poeta primitivo.—Ejcuchen—dijo tirando al suelo el sombrero, y antes de que lo interrumpieran, recitó esta magistral glosa que pudiéramos llamar «El Peregrino del amor . . . »

Cojí ec camino pog ve
si yo obverate poría,
y entre maj lugare andaba,
maj prejente te tenía.

Ejtuve yo en Santa Macta,
Sabanilla y Cactagena,
también en Riro re Hacha,
por sé una ciurá tan güena.
Ejtuve yo en Mardalena,
pasé pop ec Santandé,
y allí me puse yo a ve
divisando a Baranoa,
y ectando ya en Barbacoa:
«Cojí ec camino pog ve . . . »

Buenaventúa, Chiriquí,
y Panamá y er Chocó,
de veinte año ectaba yo
cuando me usenté de ti.

Y yo re Ocaña salí,
pasé pog la Beberia,
y en Mompoj me ectuve un dia,
y en er Valle-re-Upá,
y allí me puse a pensá
«Si yo obverate poría.»

Ejtuve yo pog Pamplona,
pog Antioquia y Merellín,
y en el riro re Amazona
que yo nunca le vi fin.
Fuí a Socorro y Senserín,
cuando en Mariquita ejtaba
y pog Popayán pasaba
recorriendo a Bogotá,
ya no te poría obverá
«Entre maj lugare andaba.»

Ejtuve yo en Girardó,
y viviendo en la Guagira,
en Neiva y en Zipaquira,
en Holanda y en er Cauca,
en la ciurá re Jamaica,
yo pasé pog la Osianía,
pog la Prusia y la Turquía,
Uropa, América, Ejpaña,
y en la ciurá re Alemania
«Maj presente te tenía . . . »

Cuando «Meje» terminó de recitar estas maravillosas décimas que son todo un viaje sentimental al través del mundo, fue aclamado ruidosamente y anfitrionado de tal manera, que a las pocas horas se quedó dormido sobre las duras tablas de la taberna mugrosa, borracho como un dios mitológico.

También la trova mística ha llegado esta vez, desde los labios oscuros de los bogas, bellamente ataviada. Cuando escuchámos estas dos inspiradísimas estrofas, sentímos la felicidad del minero cuando ve brillar en el sombrío socavón el precioso metal que «tapa la boca de los que nos insultan» como dijo Rubén.

El popular Padre Astete, (1) ese primer autor que a fuerza de ferulazos nos hacen leer en la escuela, interpretó muy profundamente, muy patéticamente, como el más grande poeta, el Misterio gozoso, fecundo y divinamente humano de la Encarnación; pero no con la sencillez y perfección

---

(1) Parécenos oportuno, ahora que hemos nombrado al Padre Astete, Jesuíta español, muerto a principios del siglo XVII, abrir aquí un paréntesis sobre la muy hermosa comparación de "a la manera que el rayo del sol pasa por un cristal sin romperlo ni mancharlo", pues parece que la tan traída sentencia latina de que nada hay nuevo bajo el sol, también tiene qué ver con el famoso profesor de humanidades y filosofía moral, ya que esa poética y célebre comparación que él dejó escrita como de su cosecha, en su "Doctrina Cristiana", no le pertenece del todo, puesto que hemos hallado una poesía intitulada, "El parto de la Virgen", del poeta italiano Sannazaro, traducida al español, en 1554, por Gregorio Hernández de Velasco, y publicada en el "ROMANCERO Y CANCIONERO SAGRADOS" de la biblioteca de Rivadeneira. Reproducimos, sin más comentarios, las estrofas de donde creemos tomó el Padre Astete, la muy feliz imagen que lo ha hecho célebre:

Quedaron las entrañas virginales
Como se estaban antes, sosegadas;
No osaron los dolores naturales
Tocar las almas carnes deificadas;
Las sacrosantas cláustras celestiales
Intactas se quedaron y selladas;
La puerta es esta que Ezequiel decía
Que cerrada **in eternum** quedaría

No de otra suerte, el sol puro, admitido
de la hermosa, diáfana vidriera,
de claro pasa, y muestra lo escondido
detrás de ella con luz que reverbera;
El rayo ilustra el aire escurecido,
Quedándose ella sin lesión y entera,
Segura de agua y viento impetuoso
Y vía solamente el sol lumbroso.

con que estos dos bogas nuéstros lo interpretaron mientras descansaban del combate diario sobre la movible canoa y al arrullo del Cauca rumoroso. Es verdaderamente raro que estos trovadores libres del río, en vez de cantar en aquella plácida hora sus amores, dejaran escapar su ingenio en alas de la duda, de la duda que nos muerde a todos, porque todos, como el «Pedrín», de Anatole France, de pequeños no le ponemos la interrogación a aquello de «Quién es Dios?» porque sabemos ya quién es, pero cuando viejos pecamos de exceso de interrogaciones . . . Mas ellos en medio de su ignorancia, cuando sintieron quizá la primera duda religiosa, la cristalizaron y resolvieron en diez versos dignos de San Juan de la Cruz.

Ya el uno rasgó el tiple y provocó la justa. Ahora, oíd las dos estrofas y descubrios todos vosotros los poetas chicos y grandes, nuevos, «novísimos» y viejos, porque está poesía no tiene igual en la lírica popular:

—Oigame usté, compañero,
yo le vengo a preguntar:
¿Cómo pariendo la Virgen
doncella pudo quedar?

A lo que el compañero, desafiando todos los escollos, y lleno de ingenuidad e inspiración, contesta siguiendo la hilación o el modo original de nuestras trovas:

—Oigame usté, compañero,
yo le voy a contestar:
Tire una piedra en el agua,
viene a abrir, vuelve a cerrar . . .

Así pariendo la Virgen
doncella pudo quedar.

Si estas dos estrofas son en verdad nuéstras, lo cual parece un poco difícil, dadas la sabiduría y profundidad de ellas, contentos estaríamos con nuestra labor, pues como dijo Vergara y Vergara: «El que se tome el trabajo de recoger cantos de negros, entraría con ellos en la literatura española como entra el Meta en el Orinoco: llevaría una grandeza a otra grandeza.»

FIN

COLOFON

hóse de imprimir este libro, en Medellín, en la
GRAFIA VASQUEZ, a los 15 días del
mes de Mayo de 1927, y en el momento en
que un festivo obrero de la Imprenta
echaba a volar un nuevo canto
popular cuyos versos eran de
la manera siguiente:

Me voy, mija, a buscar vida,
portáte bien con tu negro,
porque si sé alguna cosa . . .
¡pa qué te digo sabiendo . . !